EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.° 22. Tomo I.—LUNES 16 DE SETIEMBRE 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerias del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía: Chateaubriand, por D. A. F. del Rio.—**Mujeres en Egipto. Cleopatra**, por D. Camilo Alonso Valdespino.—**Rouen**, por D. Enrique Gil.—**El astrólogo y la Judia**, por D. Eduardo Gonzalez Pedroso.—**Costumbres, celos de gente airada**, por R. C.—**La política aplicada al amor**, por D. Manuel Breton de los Herreros.—**Revista de la Quincena**, por D. Juan Perez Calvo.—**A Espronceda** [poesía], por D. Gavino Tejado.

BIOGRAFÍA.

CHATEAUBRIAND.

Un no hace tres meses que se ha publicado en París un libro de que ya se cuentan varias ediciones y traducciones: al final de la advertencia con que su autor lo anuncia se leen estas palabras: «Mi primera obra fué escrita en Lóndres en 1797: la última en París en 1844: entre estas dos fechas han transcurrido no menos de cuarenta y siete años; tres veces el período que llama Tácito una larga parte de la vida del hombre: *Quindecim annos grande mortalis ævi spatium*. Ya de nadie seré leido, si se exceptúa algun sobrino lejano, habituado á las consejas de su anciano tio. Ha volado el tiempo: he visto morir á Luis XVI y á Bonaparte: es una irrision vivir despues de haber presenciado tales sucesos. ¿Qué hago yo en el mundo? No es apetecible permanecer en su recinto cuando los cabellos no caen lo bastante para enjugar las lágrimas que brotan de los ojos.» El libro de donde tomamos estas líneas se titula: *Vida de Rancé, reformador de la órden de la Trappa*: su autor se llama Francisco Augusto de Chateubriand. Sin duda nuestros lectores se hallan familiarizados con este nombre, porque ha llenado el mundo con su fama de historiador y viajero, de publicista y de hombre de estado; y porque el *Genio del Cristianismo*, *Atala y los Mártires* se hallan trasladados á todos los idiomas y circulan entre todas las clases. Domina en esos inmortales escritos el sentimiento religioso: es infinito el número de los desventurados; y la religion destila bálsamo para todos sus infortunios. De aquí la inmensa popularidad del mas ilustre poeta de nuestros dias.

Para trazar como corresponde la biografía de ese célebre hijo de Bretaña, de ese venerable anciano cuya prodigiosa pluma, á través de sus setenta y cinco

años, todavía matiza de oro el papel por donde resbala, se necesitaria nada menos que un poema. Ha de poseerlo sin duda el mundo literario cuando se apague ese planeta fúlgido hasta en su ocaso, y al eclipsarse rompa el sello que cubre las *memorias de allende la tumba*; misteriosa creacion del genio: tesoro de inapreciable valía, cuya adquisicion debe costar copiosas lágrimas á los que lo aguardan anhelantes, porque ya entonces se habrá percibido el canto del cisne; ya no existirá el cantor de Cimodocea; y esa creacion y ese tesoro servirán como de losa y epitafio á su sepulcro. Pobres nosotros de mérito y nombradía, nos limitamos á retratar á tan insigne personaje segun le hemos comprendido en sus obras, valiéndonos en lo posible de sus mismas frases y hasta de sus propias expresiones.

Triste y abatido le vemos arrastrar su infancia dentro de los muros de Saint Maló, su patria, ó tras los bastiones del castillo de Comburgo, mansion hereditaria de su padre, rígido y adusto como un magnate de la edad media. Educado en la soledad vibran de contínuo en su oido los vientos, que agitan el ramaje del bosque, y las olas que mugen con estrépito en las arenas de la playa: sin duda al compás de tan grandiosa como silvestre armonia se desarrollan en su mente sus instintos de viajero, y sus inspiraciones de poeta. Termina sus estudios en el colegio de Rennes, y á poco se halla en la capital de Francia como subteniente del regimiento de Navarra: la nobleza de su familia le hace partícipe de los privilegios de la época: así obtiene el grado de capitan de caballería, y el derecho de subir á las carrozas reales. No se espacia allí su ánimo, antes bien le consume la desconsoladora pesadilla del hastío. Brama el primer estampido de la revolucion, y el regimiento de Navarra rompe los vínculos de la disciplina: desde entonces se considera el jóven breton libre de todo empeño. Se lanza á los mares resuelto á descubrir el paso noroeste de América, y á encaminarse recto al polo como se vá de París á Saint Cloud. Desembarca en Baltimore, y antes que se adhiera algun ruido á sus pasos, se fija en su rostro la mirada de un grande hombre: Whasington habia tocado ya en el cenit de su gloria. Murmuró el esforzado héroe de América palabras de desaliento al oido del jóven de Bretaña; éste le responde: «Menos dificil es abrirse paso al polo que crear, como vos lo hicísteis, un gran pueblo.» Opulento de ilusiones surca Chateaubriand las azules ondas del Missisipi y del Ohío: contempla extasiado la pasmosa catarata del Niagora: se engolfa en la inmensidad de bosques antiguos como el mundo y tales como salieran de manos del Artífice supremo: allí penetra la luz á través del espeso follaje, y derrama entre sus sombras un cambiante y movible claro-oscuro que comunica á los objetos fantástica grandeza: allí estorban el paso árboles caidos, y sobre ellos se alzan otras generaciones de árboles: descuellan algunas aisladas rocas sobre aquel mar de verdura como escollos sobre la superficie de las aguas; y en el silencio de las calmas parece como si cayera un diluvio de fuego sin viento y sin lluvia, y se vé la naturaleza como á la luz de un in-

cendio. Entre aquellas silvestres soledades brotan de la gigantesca fantasía del poeta *René y los Natchez* y *la Atala*, esas maravillosas creaciones del genio que engendran y robustecen á la vez la fama del hombre que tuvo la fortuna de concebirlas.

Súbito abandona Chateaubriand aquel pais adecuado á sus gustos, y es que la voz del honor vibra en el fondo de su alma. Fatigado de vagar de selva en selva descubre á la caida de la tarde junto á la márgen de un arroyo, una pobre choza construida con troncos de árboles, y mientras le disponen la cena cae en sus manos un periódico inglés por la casualidad mas imprevista, y se distrae en hojearlo al resplandor de una hoguera. «Fuga del rey» lee con asombro, y es la narracion de la fuga de Luis XVI y su arresto en Varennes, de los progresos de la emigracion y de la reunion de casi todos los oficiales del ejército bajo la bandera de los príncipes. Entonces sin vacilar un instante trueca el báculo del viajero por el militar atavío. Un furioso temporal le arroja en diez y nueve dias á las costas de Francia: emigra con su hermano, y en recompensa de su profunda adhesion á la legitimidad, necesita llegar hasta el punto de batirse solo por alcanzar la honra de ceñirse á la espalda una mochila. Hace la campaña de 1796 en clase de soldado con un fusil sin gatillo: recibe una herida en el muslo en el sitio de Thionville, y en la retirada le acomete la disenteria, conocida á la sazon con el nombre de *enfermedad de los prusianos*, complicándose estos males con unas terribles viruelas. Creyéndole muerto le abandonan en una zanja: mas como aun diera señales de vida, le trasladan varias gentes del príncipe de Ligne á Namur, metido en una carreta; y del mismo modo le conducen hasta Bruselas, donde nadie se atreve á curarle la herida por temor al doble contagio de sus enfermedades. A pesar de su deplorable estado piensa en dirigirse á Ostende donde encuentra á muchos de sus compatriotas y compañeros de armas: allí flotan una barca para Jersey con el designio de incorporarse al ejército realista. Acaban de agotar las fuerzas del infeliz enfermo la falta de aire y de espacio, el mal tiempo y lo rudo del balance: el piloto se vé en la necesidad de buscar en Guernesey un asilo contra el viento y la marea; y como Chateaubriand se hallase próximo á espirar le sacan á tierra, y arrimándole á una tapia le colocan de cara al sol, para que entre sus rayos exhale el postrimer suspiro. Por casualidad pasa junto al moribundo la mujer de un marinero, y con el auxilio de su esposo y otros camaradas le lleva á un mullido lecho, donde se repone algun tanto. Vuelve á hacerse á la vela el siguiente dia: al echar el ancla en el puerto de Jersey le abruma delirante fiebre: acógele su tio el conde de Bedee, y allí fluctua por espacio de muchos meses entre la muerte y la vida.

Creyéndose ya bastante restablecido en la primavera de 1793 para empuñar de nuevo las armas, se dirige á Inglaterra el jóven proscripto; mas su salud continua declinando. Segun el dictámen de célebres facultativos se arrastraria así algunos meses, tal vez uno ó dos años: debia pues renunciar á toda fatiga, sin que por eso hubiese de prolongar mucho su existencia. Víctima de continuos dolores y de espantosas escaseces, enfermo y desvalidó se fija en la opulenta Lóndres, traduce para algunos libreros y dá lecciones de francés, precisado á ganarse el sustento con el sudor de su frente; y todavía halla fuerzas en su lealtad acrisolada para consagrar sus vigilias á su honor, á su rey y á su patria, trazando una obra monstruo, cuyo vasto plan anuncia colosal bizarría de talento. De 1794 á 1797 le ocupa el *Ensayo histórico político y moral sobre las revoluciones antiguas y modernas*: su objeto es demostrar que nada hay nuevo debajo del sol y que en las revoluciones antiguas y modernas se encuentran los personajes y los principales rasgos de la revolucion de Francia. Semejante idea llevada al extremo produce comparaciones unas veces exactas, absurdas otras, curiosas y eruditas siempre. De espantoso caos califica el autor su obra en conjunto, si bien añade que se ve en ella á un jóven exaltado y no abatido por el infortunio. Es indudable que las páginas de ese libro destilan amargura, misantropía, escepticismo y hasta incredulidad en diversos pasajes. Algo se ha de disimular no obstante al escritor que cree tocar al término de sus dias, y que no brindándole la desnudez de su desterro otra mesa que la losa de su tumba, no puede pasear risueñas miradas por el mundo. Ademas, aun no posee esa ardorosa fé que alivia el peso de las desventuras: si la educacion cristiana ha echado en su corazon profundas raices, la lectura de ciertas obras y la existencia á ciertas sociedades, ha turbado su cerebro: se parece á todos sus contemporáneos. La funesta noticia de la muerte de su madre encerrada y perseguida á los 62 años, lo mucho que ha acibarado su agonia la memoria de los extravíos del jóven Francisco Augusto, y la circunstancia de espirar tambien la hermana que le transmite la relacion de tan tristes sucesos, operan en sus ideas una transformacion repentina. Aquellas dos voces nacidas del sepulcro, aquella muerte que sirve de intérprete á otra muerte, vibran sonoras en su alma y se hace cristiano: no cede á grandes luces sobrenaturales: del corazon brota su convencimiento; llora y cae. Al punto concibe el plan de esa grandiosa epopeya, titulada *El Genio del Cristianismo*; y la termina cuando en el año de 1800 abre Napoleon á los emigrados las puertas de Francia. Libre á la sazon del torbellino revolucionario yacen confundidos todos los elementos sociales: la terrible mano que empieza á separarlos aun no ha dado feliz remate á su obra; aun no ha nacido el órden público del seno del despotismo y de la gloria. Olvidado el culto, por tierra los altares, demolidos los templos, es una especie de recreo pasearse entre sus santas ruinas. Blanco el cristianismo del escarnio y de la befa de los lectores en toda clase de obras, se ha extinguido la antorcha de la fé en el fondo de los corazones: de la privacion de los consuelos religiosos en tan prolijos años de adversidades proviene la necesidad de esos mismos consuelos. Oprimidos los espíritus bajo el enorme peso de la duda, espantados del ateismo y de sus consecuencias, flotan vacilantes en pos de un faro que les guie, de un puerto que les albergue, y puerto y faro hallan á la vez en aquel precioso libro de que hablamos. Su éxito supera á todas las esperanzas: precipítanse todos en el templo de Dios como se visita la casa del médico en un dia de epidemia; sálvanse al pie del ara como náufragos asidos á la roca donde aspiran á librarse del ímpetu de las olas. Chateaubriand hace la apología de la religion cristiana hablando á los corazones de la existencia de Dios, del encanto y de la grandeza de los misterios, y mostrando á la imaginacion y al espíritu la mágica influencia del cristianismo sobre la poesía, las bellas artes, la filosofía, la elocuencia y la historia. Entonces se saludan por la vez primera dos colosos. Napoleon y Chateaubriand: Chateaubriand dedica su obra al primer cónsul de Francia. Napoleon nombra primer secretario de embajada en Roma al autor del *Genio del Cristianismo*. Entre los escombros de la ciudad de los Césares imagina el jóven diplomático un poema de magníficas formas: anhela bosquejar sobre el terreno las descripciones de los sitios en que debe agitarse la grande epopeya: para dar á este pensamiento feliz remate debe visitar la Grecia, cuna de Roma pagana, y Palestina, cuna de Roma cristiana. Regresa á París, y el emperador de los franceses le nombra ministro plenipotenciario en el Valais, que acaba de ser incorporado al imperio. Sobreviene el dia de siniestra memoria en que el duque de Enghien muere pasado por las armas en los fosos de Vincennes y á *dos pasos de la encina á cuya sombra administraba San Luis justicia á sus vasallos*; y cuando todos enmudecen de espanto, Chateaubriand envia su renuncia y abandona su nueva carrera, convirtiéndose en peregrino de Tierra Santa. Sale de París el 13 de julio de 1806 y al cumplirse un mes se encuentra á orillas del Eurotas, donde satisface su amor propio de autor ver su *Atala* traducida al idioma de Homero: por modestia ó por orgullo no revela su nombre: mas los criados del arzobispo que posee la version griega de la hija del desierto, tienen motivo para encomiar la esplendidez con que el escritor les agasaja: esta es una caridad por la que despues hace penitencia. Sobre las ruinas de Esparta recuerda que cuando Neron visitaba á Grecia no se atrevió á entrar en Lacedemonia, lo cual es el mejor elogio de la ciudad de Leónidas. En el recinto de Atenas y un dia antes de visitar sus ruinas le ofrece hospedaje un aposento, cuyas paredes están cubiertas con vistas del templo de Teseo, con mapas de la llanura de Marathon y de las costas de Salamina, y el poeta hace noche sobre el campo de batalla como un recluta que se incorpora al ejército en vísperas de un combate. Su corta mansion en Constantinopla le abruma, pues solo apetece visitar lugares embellecidos por las virtudes ó por las artes, y no descubre las unas ni las otras en la antigua patria de los Phocas y de los Bayacetos. Al fin ve desplegada la vela al viento del norte y boga con rumbo á Jerusalen bajo el estandarte de la cruz, que ondea en los mástiles de su nave. Distingue la ciudad Santa desde las cumbres que la rodean, mide la altura de sus muros, y se agolpan á su mente todos los recuerdos de la historia desde Abraham hasta Godofredo. Admira la montaña de Arabia, que vista á distancia de ocho ó diez leguas parece un inmenso muro perpendicular, semejante al Jura en su forma y en su color azulado; sin que se descubra una sola cima, ni la menor eminencia: solo se notan de trecho en trecho leves inflexiones, cual si la mano que trazaba sobre el cielo aquella línea horizontal, hubiera temblado en algunos parajes. Junto á la ribera del Jordan descansa el viajero un instante de sus fatigas; y apenas puede distinguir las amarillentas ondas del rio, de las arenas de sus dos orillas. Vuelto á Jerusalen cae de hinojos ante el Santo Sepulcro; recorre una y otra vez la *Via dolorosa* y el campamento de los Cruzados con el poema del Tasso en la mano. A las 6 y 20 minutos de la tarde del 12 de octubre de 1806 pierde de vista la ciudad Santa; asi señala el navegante el momento en que desaparece á sus ojos una region lejana, donde no ha de volver nunca. Surca despues las aguas del Nilo, y ve desarrollarse en magnífico panorama Alejandría y el Cairo y las Pirámides. Poco despues ya vaga de nuevo el ilustre poeta á merced de las olas: mientras su bajel es juguete de encontrados vientos, ordena las notas de su viaje y las descripciones de los *Mártires*; y se pasea sobre cubierta con el piloto, cuando las sombras envuelven al mundo. Noches pasadas en medio de los mares á bordo de un buque combatido por las tormentas, no son estériles para el alma, porque de los grandes espectáculos nacen los altos pensamientos. Las estrellas que resplandecen fugitivas á través de la desgarrada nube, la fosfórica lumbre de las ondas, el sordo ruido que producen al estrellarse en el costado del barco, el gemido del viento, todo anuncia que solo depende uno de la voluntad de Dios y se halla fuera del dominio del hombre. La incertidumbre del porvenir da á los objetos su verdadera valía, y la tierra contemplada desde un mar tempestuoso se asemeja á la vida, considerada por un hombre, próximo á la muerte. Líbrase de ella casi por milagro el célebre peregrino: al cabo de muchos dias de una navegacion azarosa estalla un huracan horrible, y como débil pluma gira su nave: en un instante braman las olas, y su superficie solo ofrece á los ojos una inmensidad de hirviente espuma: en medio de aquella terrible blancura parece la nave un punto tenebroso: el peligro es inminente; mas por fortuna amaina el viento, y veinte dias despues desembarca el peregrino en Túnez, donde medita sobre la cristiana muerte de San Luis rey de Francia y sobre los ínclitos triunfos de Cárlos V. Hace en seguida una incursion en nuestro territorio: admira las grandezas de la imperial Sevilla; adora al Dios de los cristianos en la mezquita de Córdoba: recorre la fértil vega de Granada, los jardines del Generalife y los encantados salones de la Alhambra: brindan pasto á su imaginacion los vergeles de Aranjuez, donde conoce á Fernando VII; el monasterio del Escorial, inmenso cuartel de cenobitas, construido por Felipe II en memoria de uno de los desastres de Francia, y las fuentes de la Granja que le recuerdan á Versailles. Contempla el pasmoso acueducto de Segovia, la gótica catedral de Búrgos, y vuelve á pisar el suelo patrio el dia 3 de mayo de 1807.

Retirado á su casa de campo, cerca de Aulnay, forma el noble bardo su *itinerario de París á Jerusalen* solo con los preciosos apuntes de su viaje, y dá la última pincelada á los *Mártires*; obra en que se propone demostrar, y demuestra sin duda, que la religion cristiana es mas favorable que el paganismo al desarrollo de los caractéres y al juego de las pasiones en la epopeya. Para ello elige con sumo tino un asunto que encierra en un mismo marco el cuadro de las dos religiones, la pompa, la moral y los sacrificios de ambos cultos; asunto donde el idioma del Génesis se oye junto con el de la Odisea, donde el Júpiter de

Homero viene á colocarse al lado del Jehová de Milton, sin vulnerar la piedad, ni el gusto, ni la verosimilitud de las costumbres. Para explicar hasta qué punto ha influido el poema de los *Mártires* en la literatura, baste decir que despues de leido, todo poeta cristiano tendria á mengua beber sus inspiraciones en la mitología, ofreciéndoselas la Biblia en mas abundancia, con mayor brillantez y riqueza.

Hasta el año de 1814 vive Chateaubriand en las encantadas regiones de la poesía: despues se lanza por la enmarañada senda de la política, anunciándose en su nueva carrera con el folleto titulado *Bonaparte y los Borbones*. En este opúsculo Chateaubriand habla á las pasiones: bosqueja imperfectamente el cuadro del capitan del siglo: en primer término se ven todas sus faltas de relieve; sus buenas cualidades confundidas en la sombra: hábil se muestra en el elegir el punto de ataque: manchas son que afean la triunfante época del imperio, el asesinato del duque de Enghien, la guerra de España y el cautiverio del sumo pontífice: Chateaubriand llora por el egregio duque, admira el heroismo de Zaragoza, y honra al padre de la Iglesia cargado de cadenas. La publicacion del folleto no puede ser mas oportuna; Luis XVIII afirma que le vale todo un ejército. Algo mas tarde reconoce el autor de los *Mártires*, que ha juzgado á Napoleon con injusticia, y traza el paralelo entre Washington y Bonaparte. Considera al vencedor de Austerlitz como perteneciente á la raza de los Alejandros y de los Césares que supera la estatura de la especie humana: no aspira á crear sino su renombre: solo toma á su cargo su propio destino: conoce que su mision ha de ser corta, y que el torrente que desciende de tan inmensa altura ha de quebrantarse mas pronto: por eso se apresura á abusar de su gloria como de una juventud fugitiva: á imitacion de los dioses de Homero quiere llegar en cuatro pasos al fin del mundo; aparece en todas las playas: inscribe su nombre en los fastos de todos los pueblos, y arroja en su tránsito coronas á sus soldados y á los individuos de su familia: inclinado sobre el mundo, con una mano anonada á los reyes, con la otra aniquila al gigante revolucionario; mas al destrozar el mónstruo de la anarquía, sofoca la libertad, y acaba por perder la suya en el último campo de batalla: no liga sus destinos á los de sus contemporáneos: su genio pertenece á la edad moderna, su ambicion á la edad antigua: no se apercibe de que los milagros de su vida sobrepujan con mucho al valor de una diadema, y que le sienta mal ese gótico ornato: tan pronto da un paso con el siglo, como retrocede á lo pasado, y ya siga ó remonte el curso del tiempo, su prodigiosa fuerza arrastra ó repele las olas: no son los hombres á sus ojos sino un instrumento de mando: promete libertarlos y les encadena: se aisla de ellos, y ellos le dejan solo. Los reyes de Egipto colocaban sus pirámides fúnebres, no entre florecientes campiñas, sino en medio de estériles arenas: estos inmensos sepulcros se alzaan como la eternidad en el desierto: á semejanza suya ha construido Napoleon el monumento de su renombre. Tal es el bosquejo que Chateaubriand hace del cautivo de Santa Elena: algo se parece al del folleto de *Bonaparte* y *los Borbones*; mas este ha sido modelado sobre la vida, aquel sobre la muerte, y la muerte es mas verdadera que la vida.

Durante los Cien dias permanece Chateaubriand con Luis XVIII en Gante en calidad de consejero de estado: allí redacta su memoria sobre el estado de Francia, en que se advierte menos exactitud que poesía. Despues de la batalla de Waterlóo rehusa formar parte del ministerio, y empieza á crecer su importancia como orador en la cámara de Pares y como publicista, haciendo estériles esfuerzos por educar constitucionalmente á los acérrimos defensores del altar y del trono. Al encargarse el ministerio Villele de la direccion de los negocios, recibe Chateaubriand sus credenciales para representar á Francia primero en Berlin y despues en Londres. La populosa ciudad que le ha visto en 1797 pobre y abatido, sin nombre y sin fortuna, le contempla en 1822 rodeado de brillo y de opulencia entre la embalsamada atmósfera de los festines, y los espaciosos salones de los palacios. Allí escribe las primeras líneas de sus *Memorias de allende la tumba*; desde allí se dirige al congreso de Verona, en cuyo seno se ventilan cinco asuntos principales; trata de negros, piraterías en los mares de América ó colonias españolas, altercados de Oriente entre Rusia y la Puerta Otomana, posicion de Italia, peligros de la revolucion de España con respecto á Europa, y sobre todo con respecto á Francia. Chateaubriand abomina los tratados de Viena: conoce que la legitimidad decae de prestigio falta de triunfos, y todos sus afanes tienden á restablecer á la vez la fuerza militar y la influencia política de la nacion que reconoce por soberano á Luis XVIII. Para lograr este fin necesita ante todo la ocupacion de España y la creacion de dos ó tres monarquías en la América del Sur regidas por Borbones: despues Francia puede ensanchar sin obstáculo sus fronteras. Bajo tales auspicios, con tales ideas, asciende á ministro de negocios extranjeros el dia 1.° de enero de 1823. Fecundo en recursos, infatigable en el trabajo, reune un ejército de cien mil combatientes, que pasa el Bidasoa á principios de marzo, y saluda á Fernando VII en el puerto de Santa Maria á principios de octubre: ante el monarca español dobla una rodilla el duque de Angulema rindiéndole su espada: por eso cuando algunos años mas tarde debe hacer uso de ella se encuentra desarmado.

Ufano Chateaubriand con el buen éxito de lo que puede llamarse el primer canto de su poema en política, ni aun asi logra granjearse el afecto de Luis XVIII, y eso que entre todos sus ministros es el único que presta atento oido á los chascarrillos con que el monarca francés interrumpe á cada instante las deliberaciones mas graves de su consejo, y aun celebra naturalmente las ocurrencias del anciano cual si recibiese órden expresa para ello. El homenaje que rinden casi todas las córtes de Europa al ministro de negocios extranjeros de Francia excita rivalidades entre sus colegas, pues nadie se acuerda de M. Villele, presidente del Consejo, mientras Chateaubriand recibe de España el Toison de oro, de Portugal la Orden de Cristo, de Rusia la Orden de San Andrés, de Prusia el Águila negra, y de Cerdeña la Anunciata. Desde entonces se dedica con toda asiduidad al importante asunto de las colonias españolas, y obtiene de Fernando VII dos famosos decretos, uno en solicitud de una mediacion de las córtes extranjeras, y otro sobre la libertad de comercio en èl Nuevo-mundo. Mas absorto en sus ilusiones menosprecia el lazo que le tienden sus colegas, y le sucede lo que al astrólogo que caminando con los ojos fijos en las estrellas cae en un pozo. Aprueba la cámara hereditaria la ley sobre *septenalidad*, obra del ministro de negocios extranjeros, y desecha la ley sobre la *conversion de la renta*, con la que aquel no se halla conforme, obstinándose en no apoyarla como hombre, si bien la vota como ministro. Fácil es de adivinar el desenlace de estos incidentes: el dia 6 de junio de 1824, domingo de Pentecostés, recibe Chateaubriand, apenas pisa los salones de palacio, una carta de M. Villele acompañando el decreto que destituye al ministro de negocios extranjeros, á quien debe la restauracion su único título de gloria. Turba su contento el tono de la carta y el modo con que le echan de la secretaría. A las dos horas de este suceso la abandona: considerándola como una casa de huéspedes, solo tiene en ella un pañuelo de noche y una capa, y solo necesita un breve espacio para mudar de domicilio. Con esta destitucion recibe la legitimidad el golpe de gracia, pues Chateaubriand no se halla dotado de la perfeccion evangélica, y segun su dictámen quien recibe una bofetada debe devolver cinco, sin reparar en qué mejilla. Sienta pues sus reales en las filas de la oposicion, que le acoge con los brazos abiertos. Su conducta es naturalísima: la oposicion sistemática es la única que le cuadra al gobierno representativo: la oposicion denominada de conciencia es impotente: la conciencia puede ser árbitra cuando se trata de un hecho moral; mas no juzga de un hecho *intelectual*; es pues forzoso adherirse á un jefe apreciador de las buenas ó malas leyes: de no ser así, un diputado toma su testarudez por su conciencia y la mete en la urna. Al principio no se alarma M. Villele de la señal de la reaccion de su antiguo compañero porque desconoce la fuerza de las opiniones: por espacio de tres años resiste una y otra acometida hasta que al fin sucumbe en completa derrota. En tanto Chateaubriand no se apercibe de que haciendo la guerra á M. Villele la legitimidad ha de resentirse de tan reiterados ataques, desmoronándose por último en julio de 1830, época en que triunfa la oposicion organizada seis años antes. De aquí nace que los legitimistas acusan á Chateaubriand de haber hecho pedazos sus propios ídolos: Para sincerarle pudiéramos citar á Cormenin, quien analizando su polémica dice que *la mitad se compone de ódio á M. Villele y la otra mitad de amor á los Borbones*; no olvidariamos á *Beranger*, quien instándole á que se coloque decididamente á la cabeza de un pueblo que le idolatra, dice: *Das de limosna tu elocuencia á los Borbones, y como pródiga hada cuanto mas moho descubre en el envejecido trono, lo esmalta con mas perlas y diamantes*. Mejor cuadra al plan que nos hemos propuesto apuntar aquí las ideas que con este motivo expone la persona, cuya biografía trazamos. «Nadie, dice, deseaba realmente una »catástrofe: solo hubo una asonada, y la legitimidad »la convirtió en revolucion: el ataque ilegal fué obra »suya, y llegado el momento crítico careció de inte»ligencia, de prudencia y de resolucion para salvar»se. Por lo demas es ya una monarquía caida: caerán »otras muchas: solo la debemos nuestra fidelidad, y »esa la posee »

Tal es la posicion en que se encuentra Chateaubriand despues de la revolucion de Julio. Habiéndose adherido á las primeras adversidades de los Borbones, se ha consagrado á sus postreros infortunios. Segun su propio dicho, por una de esas extrañas afinidades, por una de esas coincidencias misteriosas que entrelazan á veces los altos destinos con los destinos vulgares, han prosperado los Borbones, mientras se han dignado prestar oido á su mas leal súbdito, al que vino del continente americano por defender su causa sin conviccion, y solo por cumplir con el deber de un soldado que habia disfrutado la honra de subir en las carrozas reales. Apenas los Borbones han creido que convenia tronchar la débil caña, que crecia al pie del trono, se ha inclinado la corona, y al fin ha caido: basta á veces arrancar una hebra de yerba para que se derrumbe una gran ruina.

Vencido Cárlos X, Chateaubriand lo renuncia todo, destinos, pensiones, honores. Instado en las Tullerías por Luis Felipe para formar parte del ministerio en los primeros dias de agosto, lo rehusa dignamente. Despues se le ve sentado entre dos gendarmes en los tribunales de justicia por su adhesion á la dinastía derrotada: visita diversas veces en Praga á Cárlos X y al duque de Angulema: hace un viaje á Londres por rendir homenaje al duque de Burdeos; y á la hora en que escribimos estas líneas se halla en el recinto de Venecia en una reunion de legitimistas.

Este varon eminente, que por un sentimiento de honor llevado al último extremo permanece irrevocablemente unido á los mas acérrimos partidarios del altar y del trono, á los mas pronunciados adalides del antiguo régimen, de la restauracion de rancios abusos, dista mucho de ser partícipe de sus ideas cual lo es de sus desventuras. ¿Sabeis lo que piensa Chateaubriand cuando hácia el porvenir tiende sus ojos? Oidle.

«Pobre y rico, débil y poderoso, afortunado y »miserable, hombre de accion y hombre de estudio, »he sentado mi mano en el siglo, mi inteligencia en »el desierto. Desde el fondo de este desierto, estu»diando la accion compuesta de la humanidad, he »aprendido que existen dos necesidades: una emana »de la *materia* y es la *fatalidad*: otra proviene del *es»piritu*, y es la Providencia. Para el hombre de »valor, ceder á la necesidad es fuerza; para el hom»bre tímido, someterse á la necesidad es flaqueza. La »resignacion del pusilánime es una escusa por él ima»ginada, un modo de desembarazarse de las exigen»cias de lo presente y de los desvelos de lo futuro: la »cobardía se cubre con una capucha para verse dis»pensada de ceñirse un casco y pedir razon al desti»no. Gracias á Dios, cristiano sin miedo, no me en»cuentro yo en ese caso; mas han pasado delante de »mis ojos tantos hombres y tantos sucesos; he visto ha»cer tantos esfuerzos estériles por contener á un mun»do que se retira, que me he consultado si cabia en lo »posible alterar los decretos de la Providencia. Esos pe»ríodos de espera durante los cuales reposan los pue»blos faltos de aliento, no pueden ser considerados por »pasos hácia el retroceso sino por espíritus superficia»les, ciegos deseos y posiciones hechas. Magestad y »aristocracia sobreviven: no viven: cada vez profun»diza mas la idea democrática, la igualdad crece: se »dilata la mina debajo de los tronos: cuando se lleve

»á término la galería subterránea, cuando esté carga-»do el hornillo, y prendida la mecha, volarán por los »aires los bastiones, y los pueblos entrarán por la »brechas de los derruidos muros. De la invasion de »los años no es fácil defenderse invocando recuerdos. »En vano colocó Sabino las estátuas de los antepasa-»dos en el umbral del Capitolio para impedir al ene-»migo que entrára en su recinto con teas en las ma-»nos: hasta las águilas que sostenian las bóvedas se »abrasaron y prendieron fuego al edificio, su nido »paternal. Fuera de las fluctuaciones terrestres hay »una ley constante, irresistible, establecida por Dios, »como él, solitaria: ella arrastra nuestras limitadas »revoluciones, consumando una revolucion inmensa, »asi como el movimiento general del universo domina »los movimientos particulares de las esferas: las so-»ciedades mueren como los individuos. Independien-»te de esas sociedades transitorias y variables no re-»conozco mas que la autoridad misteriosamente sobe-»rana, grabada con la sangre de Cristo en los brazos »de la cruz con la libertad primera: vale mas ensalzar »á Dios que á los hombres. La religion es el único po-»der ante el cual puede uno humillarse sin envile-»cerse.»

Creemos haber bosquejado el carácter de Chateaubriand, como le comprenderán nuestros lectores en sus obras de viajes y de historia, de imaginacion y de política.

A. F. del Rio.

MUJERES EN EGIPTO.

CLEOPATRA.

I.

En el año 3954 del mundo y 850 antes de la venida de Jesucristo, era la ciudad de Alejandría notable por su poder, por su comercio y por las escenas que en ella ocurrieron en los veinte y dos años que precedieron á la reduccion del reino del Egipto á provincia romana. Estaba asentada á la orilla del mar en el terreno comprendido entre las dos desembocaduras del Nilo, llamado Delta, y una muralla guarnecida de 40 castillos circundaba la ciudad, formando una figura octágona. En la vista al mar habia una puerta que comunicaba por medio de un dique cortado por un puente, con una isla que dividia el puerto pequeño al occidente y el grande al oriente. En la parte de la ciudad inmediata á la puerta del dique, estaba el palacio de los reyes de Egipto, magnífico por sus colosales formas y por el lujo de sus habitaciones adornadas con colgaduras y embutidos, en que el ébano, el marfil, la plata y el oro estaban esparcidas con profusion.

En uno de sus salones, ya avanzada una noche de verano, estaba sentado en un lecho de plata al lado de una mesa del mismo metal, un hombre vestido con una túnica finísima descuidadamente ceñida, y á su lado pendia de su hombro derecho un manto de púrpura ricamente bordado: era blanco, de alta estatura, miembros robustos, cara llena, frente elevada, ojos muy vivos, y en todo su traje y continente mostraba una limpieza y esmero extremados. Era César, que habiendo llegado á Egipto en seguimiento de Pompeyo, trataba de arreglar las diferencias de Ptolomeo de edad de 13 años y Cleopatra, de 18, hermanos, esposos y reyes bajo la proteccion y amistad del pueblo romano. El eunuco Fotino, ayo del jóven rey, Aquilas, general del ejército, y Teodoto su preceptor consiguieron quitar toda influencia á Cleopatra, ya capaz por su edad y su distinguido talento de mandar y reinar; y con derecho á la participacion del mando segun el testamento de su padre y último rey Ptolomeo Auletes.—Habian sido citados á comparecer ante el cónsul romano para sentenciar sobre sus negocios los reyes hermanos y esposos: y andando el pueblo alborotado por las voces que circularon los enemigos de la reina sobre el agravio hecho á la dignidad de sus reyes haciéndolos juzgar. César acababa de dar las disposiciones necesarias para defenderse, y meditaba los medios de salir victorioso en la desigual contienda de tres á cuatro mil soldados á que ascenderian los que tenia á sus órdenes, y las tropas que en gran número preparaban los consejeros y gobernadores del rey. Abstraido en sus meditaciones llama su atencion un hombre que descarga un fardo á la entrada del aposento poco iluminado, por ser grande, y lucir la antorcha que lo alumbraba á la inmediacion de César. Desenvuelve su lio, y á él sale una mujer vestida de blanco, que componiendo sus desordenados cabellos, se dirige hácia César. Conforme se aproximaba la luz descubria mejor su singular belleza. Era alta y de talle esbelto, magestuosa en su andar, su blancura competia con la de su traje que sencillo en el adorno, era de rica y luciente seda: un ceñidor de piedras preciosas y gruesas perlas ajustaba su vestido á la cintura; preciosos brazaletes de oro adornaban sus brazos blanquísimos y de redonda forma: su rostro compuesto de las facciones mas acabadas estaba animado por una expresion y unos ojos cuyo voluptuoso encanto era irresistible, y su cuello sin ningun adorno era como nacido de un pecho y unos hombros, que algun tanto descubiertos, mostraban que su hermosura era conocida de la que con intencion los ostentaba. Al llegar cerca de la mesa del cónsul, éste se levanta involuntariamente, cediendo al irresistible imperio de ver acercarse en el silencio de la noche y en su solitaria habitacion una mujer que pudiera tener César pagano por Venus, ascendiente de los Julios, sus predecesores. Pero aumenta su sorpresa cuando hincando una rodilla le dice: «César, feliz, yo soy Cleopatra, reina de Egipto.»—Alzad, que no consiente César tal humillacion de tan hermosa reina: sentaos y decid:—«Vuestra bondad es igual al ruido que el mundo oye de vuestras victorias, y confiada en ella vengo á poner mi suerte en vuestras manos. El temor de ser impedida en mi designio de veros y admirar á un héroe, me aconsejó la

César y Cleopatra.

entrada en vuestro aposento en hombros de un fiel criado como si fuera un fardo de vuestro equipaje; pero esto á vuestros ojos deberá de merecer, cuando es hecho por una reina que habia reunido las fuerzas suficientes para derribar los usurpadores de sus derechos, y las depone sujetándose á vuestra justicia y á la proteccion del pueblo romano, bajo cuya tutela nos dejó nuestro padre Ptolomeo Auletes.»—«Habeis merecido con vuestra conducta, hermosa Cleopatra, ser protegida, y César en nombre del pueblo romano acogerá vuestra orfandad, y hará justicia á vuestra causa.»—«Sabeis que nuestro padre nos hizo iguales en poder.»—Sereis superior si quereis; porque yo soy vuestro partidario desde ahora. «Tanta bondad me obliga á un reconocimiento sin límites, le replicó la reina, brillando en su semblante la alegría.»—Satisfecho quedaré si quereis dulcificar las horas de soledad que rodean á un guerrero que ama las fatigas, y que aprecia el descanso de los placeres.—«César, contestó la reina, Cleopatra os amará. Cleopatra no puede amar á su hermano, apenas púbero, que no tiene ni el valor ni la gloria que os rodean, y si merece vuestro cariño Cleopatra será feliz, y procurará hacer feliz vuestra existencia. Con vuestra proteccion no saldré ya de este palacio sin que sea para reinar.» —«Contad con la voluntad de César, y permitid que nuestros brazos entrelazados sean el signo de la union de nuestras miras.» La antorcha que alumbraba el aposento perdia su luz, y entre las sombra de la noche desaparecieron ya los dos amantes.

Al amaner del dia siguiente por la puerta del palacio salian dos personas ocultándose con sus mantos. Un esclavo las seguia. Alejados algun trecho de sus puertas se toman las manos, se dan un mútuo beso y desaparecen, volviendo una al palacio de donde salió y la otra al palacio donde habitaba el jóven Ptolomeo. La causa de Egipto se decidió aquella noche debida á la conquista que Cleopatra hizo del vencedor del mundo. Despues de muchos actos de valor y de genio Cesar venció cuanto se opuso á sus designios, y habiendo muerto ahogado el rey Ptolomeo en el Nilo, por consecuencias de la batalla en que fué vencido por el consul romano, Cleopatra fué colocada en el trono, asociándola por mera formalidad á su hermano menor de edad de diez años, y que al cumplir los quince, edad prescrita para la mayor edad de los reyes de Egipto, murió envenenado por su hermana, quedándo sola en el trono. Pero estos hechos pertenecen á la historia, y nosotros nos proponemos conocer á la mujer célebre de que nos ocupamos.

En el palacio donde habitaba César habitaba tambien Cleopatra un año despues de su primera entrevista; pero la habitacion en que se habian conocido la primera vez, estaba de otro modo adornada. Nada habia en ella que no fuera voluptuoso; los muebles, el aire que se respiraba, los trajes con que Cleopatra se adornaba, todo infundia la molicie y el placer. Sobre un magnífico lecho que ocupaba un ángulo del salon estaba muellemente reclinada Cleopatra, teniendo en sus brazos al niño Cesarion, fruto de tanto tiempo de deleites mezclados con algunos dias de gloria conseguidos por César en la conclusion de la guerra llamada de Alejandría. César triste entra en el aposento, y dirigiéndose á Cleopatra, en cuya frente imprime un apasionado beso, la dice: me es forzoso partir; me llaman los combates, y no puedo permanecer mas á tu lado, aunque nunca huirán de mi memoria la idea que me acompaña de haber gozado contigo placeres que no puede alcanzar la imaginacion, y que solo era dado realizar á la mas hermosa y de mas talento entre todas las mujeres. Cleopatra sorprendida permanecia en silencio, y César continuó: ¿No me respondes? ¿me ocultas tu divino semblante? Cleopatra, rompiendo el silencio con aire sentido contesta: «Vete, César: marcha á la gloria; ¿qué valen ante el vano incien-

so de los triunfos las lágrimas y el corazon de una mujer? ¿Qué importan los sagrados juramentos que me hicistes cuando en triunfo surcamos las ondas del Nilo aclamados y lisonjeados por cuanto puede apetecer el corazon humano? Una mujer no merece detener tu brazo y librar de la sumision al pueblo romano un solo reino, la mas insignificante ciudad y abandonada y expuesta al ultraje de mis enemigos tal vez sean ludibrio y escarnio suyo los miembros de la que fué madre de tu hijo.»—No hables así, Cleopatra: no hagas nacer en César ideas inferiores á su destino en el mundo. Mira: en Italia hay una ciudad que puede mas que César. Algun dia mis triunfos y mis riquezas la pondrán bajo de mí: haré leyes; será posible nuestro matrimonio, y me acompañarás en mi carro triunfador. Cleopatra, adios, no culpes mi corazon: pase el Rubicon, y es preciso apurar las consecuencias del destino, y se salió.-Cleopatra no volvió á ver á César, pero gozó á su sombra un reinado tranquilo. Muerto César, Cleopatra se decidió por los triunviros en la guerra civil entre ellos y los republicanos Bruto, Casio y los demas que asesinaron á César como usurpador de la autoridad del pueblo, y concluida la guerra, su reino con las provincias de Oriente cupo en protectorado y particion á Marco Antonio. Era este romano célebre en aquel tiempo no solo por su poder, su valor y su prestigio con los soldados, sino por su aficion á los placeres, de que habia dado muestra concediendo el trono de Capadocia á Farnaces en premio de las condescendencias de su esposa la bella Glafira con el Triunviro. Despues de haber recorrido el Asia, seguido de una numerosa córte de reyes y tetrarcas, sentó su tribunal en Tarso ciudad fundada por Sardanapalo, y rival de Atenas por el saber y dulzura de sus habitantes. Estaba Tarso en la Cilicia á corta distancia del mar Mediterráneo sobre el rio Cidno que la atravesaba, y con sus aguas fecundaba sus campos, refrescaba el ambiente embalsamado que se respiraba y contribuia á sostener en ella un comercio floreciente.

Estaba quejoso Antonio de los auxilios que el gobernador de Fenicia dependiente de Egipto habia prestado á Casio: y para castigar este hecho dió órden á Cleopatra de comparecer ante él para justificarse. Noticiosa Cleopatra de las costumbres y carácter de Antonio se apresuró á la partida segura de no ser condenada, y de vencer y rendir á sus pies al que la mandaba como señor. Para conseguirlo se embarcó con sus tesoros y una numerosa y brillante comitiva.

II.

Por los años de 3957 del mundo y 40 antes de la venida de Jesucristo en un hermoso dia de primavera, varios barcos magníficamente adornados surcaban las pacíficas aguas del Cidno, y en una pradera que habia antes de llegar á la ciudad descargaron ricas estofas, preciosos muebles; y sus conductores lujosamente vestidos elevaban tiendas de mil variados colores, y entre ellas una, en que el oro y la plata impedia conocer de qué era su paño. El pueblo como siempre curioso acudia á inquirir el motivo de aquella novedad, y á sus preguntas se les contestaba que venia la reina de Egipto. Acudian gentes de todas naciones, de diversos trajes y fisonomías, ya á las orillas del rio, ya á la plaza pública, donde se elevaba el tribunal, donde el triunviro habia de juzgar á la reina: porque no todos podian ir á un punto; siendo tantos los que ya de la ciudad, ya de los que acompañaban los reyes y tetrarcas hacian la córte á Antonio, y en unos podia mas el deseo de ver el juicio que la llegada. Serian las once de la mañana cuando el triunviro Antonio precedido de sus lictores se sentó en el tribunal, al tiempo que las voces que circulaban entre las gentes que estaban en la plaza y la ciudad sobre la aparicion de la reina en las aguas del rio de un modo divino, hacian desertar todos los concurrentes de la plaza hasta el extremo de quedar solo los lictores, los sirvientes del tribunal y el triunviro. A poco llega uno de los legados compañero de Antonio en varias campañas, y le dice.—Antonio, la reina de Egipto es la mas hermosa de las mujeres, y el pueblo de Tarso la está adorando como una deidad; su entrada en el Cidno y su pausada marcha en un bajel de un brillo deslumbrador, es un triunfo completo.—Pues vamos á recibirla, dijo el triunviro, y se puso en marcha precedido de sus lictores y seguido de algunas tropas. El inmenso gentío que poblaba las orillas del Cidno impedia ver lo que en él pasaba á los que acompañaban á Antonio, y así siguieron hasta la inmediacion de las tiendas. Los lictores separaron los grupos de la orilla, abrieron paso á Marco Antonio, que al acercarse á la ribera vió á corta distancia á Cleopatra y su comitiva. Una galera construida imitando una concha y cuya proa resplandecia con el oro y piedras de que estaba guarnecida, era la que conducia á la reina y sus sirvientas: las velas de púrpura que la impelian estaban sujetas con magníficos broches de plata y su rojo realzaba la hermosura de las navegantas. Sobre la cubierta se elevaba un pabellon suntuoso y debajo de él la reina Cleopatra, vestida como se representa á Venus, estaba muellemente recostada. Cuatro pebeteros en que se quemaban los mas ricos aromas del Oriente ocultaban alguna vez como entre nubes su hermosura, haciendo que la imaginacion la creyese mayor. Veinte jóvenes, las mas hermosas de Egipto, en el traje de ninfas, agitaban unos remos guarnecidos de plata al compás de una melodiosa música, que diestros tocadores de flauta hacian sonar trás del pabellon de la reina. El aire embalsamado por los perfumes esparciendo el son de la música, las hermosas cortesanas de Cleopatra agitando con compás los remos y la reina ostentando con arte y talento su hermosura bajo el traje de Venus, era un espectáculo sorprendente hasta para el mismo Antonio, que como el resto del pueblo se entusiasmaba y aplaudia, y como él llegó á adorarla. La marcha de la galera era cadenciosa y pausada: así es que el pueblo pudo saborear tan singular espectáculo, y la reina viendo á Marco Antonio que la esperaba contó por seguro su triunfo. Se acerca la encantada nave, pues tal parecia á donde estaba Antonio, seguida de otras naves tambien preciosas aunque eclipsadas por la de la reina, y un puente puesto desde la orilla á la galera y revestido de una preciosa alfombra facilita el paso á Cleopatra. Esta se levanta: y al presentar mas á la vista sus bien acabadas formas, un aplauso general atruena los aires. Con afectada timidez pasa el puente circundada de las ninfas remadoras y pisando las alfombras que habian sido extendidas en el tránsito para su tienda, se encamina á ella sin mirar á los lictores, ni al triunviro, que estaba á su inmediacion: tal seguridad de haberle sometido tenia antes de hablarle. Entre enojado y pesaroso se adelanta Antonio, y deteniendo la femenina y hermosa comitiva, dice.

—¡Cleopatra! al ver la exactitud en cumplir mis órdenes os tengo, por amiga del pueblo romano y os ruego que vengais á descansar de las fatigas del viaje en mi palacio.

—«Perdonad, ilustre romano, cuyas azañas honran la estirpe de Hércules de donde vienen vuestros antepasados, sino he rendido antes mis homenajes al pueblo romano por no haberos visto. Agradezco vuestro ofrecimiento, y os ruego á mi turno que os digneis honrar la tienda de la que es llamada á vuestro tribunal.»

—No pertenece á los venidos hospedar, sino ser hospedados, replicó Antonio.—Pero Cleopatra que se habia propuesto triunfar en todo, le replicó.—«Y si en obsequio de la reina de Egipto os lo ruega Cleopatra ¿la rehusareis el favor de acompañarla en su tienda?»—Sois tan hermosa.... inspirais tal deseo de complaceros que os acompaño á vuestra tienda. Y á ella se encaminaron los dos seguidos de las damas de Cleopatra y de los altos oficiales romanos, que recibidos por las damas con marcial obsequio engrosaron con vistosa confusion un grupo de ninfas y guerreros. Las aclamaciones del pueblo y los soldados romanos acompañaban aquel triunfo no gustado por los Scipiones y Camilos. Si grande era la sorpresa de Antonio y los suyos por la escena que habian presenciado, no fué menor la que experimentaron al entrar en la voluptuosa tienda de Cleopatra. Una mesa provista de los mas esquisitos manjares y llena de copas de oro y plata en que se escanciaban los mas ricos y aromáticos vinos por preciosas esclavas, se presenta á su vista, rodeada de las camas donde orientalmente se habian de acomodar los convidados. Ricos pebeteros sobre preciosas trípodes quemaban esquisitas gomas del Arabia derramando un aire embalsamado y lleno de la armonía, que una música hábilmente colocada enviaba sin que se apercibiesen los instrumentistas.

Cleopatra señaló su lugar á los convidados, mezclando los capitanes romanos con sus adiestradas cortesanas, y tomando una copa de oro la tocó á la de Antonio, y brindó á la salud del pueblo romano. Antonio incorporándose en su lecho brindó por la reina de Egipto, y una explosion de salutaciones de los convidados la convencieron de que era dueña de las voluntades de todos. Las esclavas colocaron coronas de flores sobre la cabeza de damas y guerreros, y muy pronto los vapores de la comida y los vinos establecieron una dulce familiaridad entre unos y otros, conversando en particular, y haciéndolo con viveza é interés Antonio y Cleopatra.—«No creo en vuestras palabras,» decia la reina: «os complaceis en abusar de vuestro poder sometiendo á vuestros caprichos las mujeres que os agradan, y no sabeis sentir lo que es el amor, ese sentimiento de preferencia que excluye la participacion con otra y que nos hace acercarnos á la divinidad.»—Quizá habrá sido así: pero no lo será desde que os conozco: porque os lo repito, Cleopatra, no he encontrado en la larga carrera de mis glorias, nada que pueda compararse á lo que me habeis hecho conocer y os lo juro: mi voluntad es toda vuestra.—«El tiempo, Antonio, me lo hará conocer y principiareis por acompañarme en mi vuelta á Egipto expuesto á ser presa de las asechanzas de mi hermana Arsinoe, que protegida de algunos romanos poderosos se opone á mi tranquilidad»—Descuidad respecto de ese negocio, y luego que cese el convite hablaremos de él: la haré trasladar á las Galias...—«No basta, Antonio... la corona no está segura en la cabeza de los reyes interin haya quien sea osado á echarla mano.»—Os comprendo: se cumplirá vuestra voluntad, Cleopatra. «Entonces os haré conocer el amor, contestó la hábil egipcia.»—Concluidas estas palabras se dirige á sus damas y á los guerreros: les invita á apurar la última copa, y les ruega que vaciadas las acepten para conservar un recuerdo suyo. Las copas preciosas por el oro, la plata y pedrería eran un don de inmenso valor, y no solo en aquella ocasion sino en todos los convites que dió á Antonio hacia donacion de ellas á los capitanes romanos.

El destino de Antonio se fijó aquel dia. Encantado por las gracias de Cleopatra la siguió al Egipto, cuyo pais presenció las mas escandalosas bacanales. Si alguna vez los negocios de la guerra separaban á Antonio del lado de Cleopatra, ésta le precisaba al descanso entre sus brazos, y el romano degenerado en voluptuoso sátrapa consumia en sus liviandades la gloria que habia adquirido en su larga y gloriosa carrera. Pero no es la historia de las vicisitudes de Antonio sino la mujer, la que vamos á buscar.

III.

Por los años 3972 del mundo y 32 antes de la venida de Cristo, ocho despues de los sucesos que acabamos de referir, estaba la reina atrincherada en el sepulcro de Isis en Alejandría, donde se habia encerrado con sus esclavas favoritas Charmion é Irás, el eunuco Mardion y demas gente de su servicio, con todos sus tesoros y víveres, decidiéndose á perecer ó conseguir de Octavio ya vencedor de Antonio alguna honrosa composicion. Al efecto le habia enviado embajadores, ofreciendo abandonar á Antonio, y aunque no obtuvo nunca mas que contestaciones ambiguas, no perdia la esperanza de ablandar el corazon del heredero adoptivo de César. Para mas separarse de las solicitudes de Antonio, siempre delirante y enamorado de Cleopatra, hizo entender á éste, que se habia dado la muerte, cuya noticia fué suficiente motivo para que el infortunado Marco Antonio se atravesase con su espada. Pero apenas se habia herido, sabe que vive la reina y hace que venden sus heridas y le lleven al lugar en que ella se habia atrincherado. No se le abren las puertas porque temian ser sorprendidas en el fortificado sepulcro por las tropas de Octavio, que ya entraban en la ciudad, y le suben por una ventana con cables y cadenas Cleopatra y sus sirvientas; y colocando al ensangrentado y moribundo Antonio en un lecho, Cleopatra le prodiga algunas caricias tal vez sinceras, tal vez falaces. Antonio abre los moribundos ojos y dice: «Mi muerte es venturosa pues muero en tus brazos: mi derrota no es ignomi-

niosa: solo Roma pudiera haberme vencido.» Y terminando estas palabras fijó su última mirada en Cleopatra y espiró.

La reina sorprendida por tantas desgracias permanecia agobiada por el dolor al lado de Antonio, cuando la avisan que Proculeyo enviado de Octavio venia á intimarla que se rindiese. Ella se negó á oirle, pero el enviado auxiliado por los soldados se introdujo en el sepulcro por una de sus ventanas. Cleopatra al verle tomó un puñal y quiso darse la muerte, pero Proculeyo impidió su intento y la rogó que no privase con su muerte una ocasion de que Octavio mostrase su clemencia. La reina esperanzada todavía se tometió á implorar la clemencia del vencedor, habiendo obtenido una tregua de algunos dias para haeer á Antonio las exequias, que fueron magníficas y acompañadas de algunas fingidas lágrimas de Octavio: y embalsamado el cadáver, fué colocado en el sepulcro de los reyes de Egipto.

Concluidos los funerales, Octavio se dispuso para ver á la reina.

Una mañana de otoño del año 32 antes de Jesucristo se franquearon todas las puertas y entradas del sepulcro de Isis en Alejandría, estando ocupadas las habitaciones que daban paso á la de la reina por sirvientes completamente enlutados. La habitacion de esta era una media naranja de pórfido con embutidos de oro: en las paredes habia colocados retratos y bustos de Julio César. Los adornos de la habitacion consistian en un lecho de oro cuyos mullidos y ropas eran de un color oscuro, en una mesa sobre la que habia varios pergaminos y algunas joyas de gran precio, y una magnífica silla á la manera de las curules que usaban los romanos de esquisita magnificencia por el trabajo, preciosos metales y piedras en ella empleados.

La reina reclinada en su lecho tenia el cabello, que era hermoso, suelto; un vestido blanco desceñido pero colocado con el mas refinado gusto ostentaba sus preciosos hombros, y al menor movimiento se descubria el pecho lastimado con golpes, que significaban su profundo dolor, y en su pálido semblante estaba retratada la agitacion de las pasiones que luchaban en su corazon. La luz del aposento era débil; y sus esclavas Charmion é Irás entraban trayendo dos canastillos de flores. Al verlas Cleopatra las dijo—«Gracias, mis fieles esclavas, ya estoy mas tranquila: ya, si ese afortunado Octavio ha pensado que Cleopatra adornará su triunfo en Roma, conocerá que no ha llegado su poder y su fortuna á someter á la reina de Egipto.» —No os desconsoleis, no perdais las esperanzas de ablandar su corazon, le contestó una de las esclavas: sois muy hermosa todavía, y los recuerdos de la proteccion que obtuvísteis de su padre adoptivo influirán para que os conserve el trono.—«No lo creais, mis lisonjeras amigas, mi destino se ha cumplido y no espero mas, que porque nuestro corazon espera hasta que deja de latir. Colocad á mi lado y ocultad esas flores cubriéndolas de modo que no se huyan los áspides que ocultan, y que serán mi último recurso. Acabad, é idos, que siento los pasos de Octavio que llega.» Era el fundador del imperio romano de unos treinta y cinco años de edad en aquella época, de mediana estatura, perfectamente formado, sus ojos azules eran de un mirar digno y magestuoso, su cabello era rubio y ensortijado, sus cejas unidas, la nariz aguileña, el color blanco aunque algo atezado, y era reputado por hombre de gran belleza: su traje era de guerrero y las armas y el casco agrandaban su estatura, y hacian imponente su presencia. Tenia curiosidad de conocer aquella mujer célebre y peligrosa, pero estaba completamente prevenido contra sus seducciones.—Al penetrar en el aposento donde estaba Cleopatra, esta se levanta, y se arroja á sus pies diciéndole: «¡Hijo de César! ya la fortuna os ha hecho dueño de mi reino y mis tesoros: ya la elevada al trono por vuestro padre no es mas que vuestra esclava, que se acoge á vuestra piedad, á la magnanimidad de vuestro corazon, y que en vuestra clemencia confia.» —Alzad, desgraciada Cleopatra; yo haré vuestra suerte llevadera, pero renunciad á los extremos del dolor, y os escucharé cuanto gusteis decirme. «¡Ah! no me levantaré sin que me prometais ser libre, aunque haya de llevar á un desierto los recuerdos de mis desgracias y la hermosa imágen de mi generoso vencedor.» —Alzad, reina de Egipto: no pareceis bien asi: tranquilizaos.—La reina habia pretendido, con las muestras de su dolor, sus lágrimas y el desórden con que se arrojó á los pies de Octavio, presentando todo lo que puede hacer interesante una hermosura desgraciada, enternecer el corazon del Romano. Pero cuando vió que no habia surtido efecto su primer arrebato, por las contestaciones que le daba Octavio, se levantó y se volvió á su lecho, y sentada esperó á que hiciera lo mismo su vencedor, proponiéndose abogar por su causa en bello lenguaje romano que conocia asi como todas las lenguas cultas de la época y haciendo el último esfuerzo para mover el corazon de un jóven, y le dijo: «Ignoro qué es lo que pensais acerca de esta infe»liz, que por merced y gracia del gran Julio César, »cuya gloria realzais despues de heredar su nombre, »ha ocupado el trono de Egipto, siendo la mas since»ra amiga de los romanos. Todos cuantos pensamien»tos me han ocupado en el corto período de mi rei»nado feliz, han concluido por reconocer como autor »de mi dicha á aquel grande hombre, cuyos retratos »me acompañan, y estan esparcidos con profusion en »mis habitaciones, y cuyas cartas (ahí las teneis »y le mostró las que habia en la mesa) son una »muestra de su benevolencia para conmigo. La »desgracia de Cleopatra ha consistido en que Antonio »en lugar de vos haya venido á representar su gloria »en Oriente, y como tal haya encontrado en mí la »acogida que estaba dispuesta á prestar á cuanto vi»niera de César. Mas enterada en los negocios que »concernian á la memoria de aquel grande hombre, »he contribuido á merecer de vos el apoyo que necesi»taba para evadirme de vuestro rival.—¿No valen na»da á vuestros ojos el que rehusase la pelea con vos »en la batalla de Accio? ¿que con mi órden se os »abriesen las puertas de Pelusio, llave del Egipto, »y que mis enviados os manifestasen las solicitu»des que he activado para cumplir con vos lo que »debo á vuestro padre? ¿Me culpais de haber sido »amante de Antonio? No entrará en vuestro pen»samiento que una mujer es dueña de sí cuando »tiene que elegir entre el amor ó la esclavitud. La »pasion libre voluntaria de una mujer, solo pue»de nacer viendo un hombre como vos hermoso, »como vos jóven, como vos lleno de gloria; y cuando »se siente renacer en el exámen de esas seductoras »prendas, las inspiraciones con que se reciben de la »hermosa Venus nuevas gracias, renovacion del co»razon.» La reina, conociendo que nada de cuanto decia movia el corazon de Augusto, y calculando que su causa era perdida, quiso aparecer confiada en él, y continuó, despues de un momento de pausa. «Yo iré á Roma á defender mi causa: yo me »echaré á los pies de Octavia, vuestra hermana, y »Libia, vuestra esposa, y con mis dádivas, con mis »ruegos ablandaré su corazon, y todas intercederán »por mí, y vos me restituiréis la herencia de mi padre, »y seré para vos lo que querais... la mas humilde es»clava.» —Tened valor para sufrir vuestras desgracias, la contestó Octavio: quizá tengan remedio, y yo interesaré en vuestro favor al pueblo romano... Cuidad vuestra salud y preparaos para ir á Roma donde nos volverémos á ver; y se salió del aposento.—La reina le seguia con la vista airada, y escrito en su semblante el despecho, y cuando desapareció, exclamó: «¡ir á Roma!... para adornar tu triunfo, ambicioso romano!... No será asi... Cleopatra sabe morir, y no lleva mas pesar á la tumba que haber visto por primera vez rechazadas sus ofertas.—¡Irás! ¡Charmion! traed un punzon y el mas rico pergamino. Le traen lo que pedia, y escribió á Octavio las siguientes palabras.—«No triunfareis de Cleopatra. Haced que sus cenizas sean colocadas al lado de las de Marco Antonio que supo amarla. Adios.»—Tú, ¡Charmion! haz llevar esa carta á Octavio: y tú, Irás, trae un canastillo de flores. Lo toma, se recuesta en su cama, se coloca en una postura cómoda, pone al aire su hermoso pecho, y con inalterable serenidad hostiga al venenoso áspid que estaba entre las flores para que la hiera. Consigue exasperarlo, y al fin recibe la mordedura mortal. Su doncella exhala un ¡ay! involuntario, pero por afecto á su señora, y no queriendo sobrevivirla, se hace morder tambien.—Octavio luego que recibió el billete de Cleopatra, acudió inmediatamente, presumiendo su muerte: y entrando en su habitacion la halló como dormida y sin estar desfigurada en su lecho. Se acerca, y trata de investigar si está viva, pero ve que ha dejado de existir, y dijo: ¡Bien merecia la celebridad que la han dado sus encantos! Y se fué, disponiendo que fuese sepultada con magníficas exequias al lado de Marco Antonio.

Camilo Alonso Valdespino.

ROUEN.

Desde que comencé á pisar el suelo de Francia pensé en hacer un viaje á Rouen, aunque ningun negocio de interés me llamaba á este pueblo. Movíame á ello por un lado el deseo de recorrer la línea mas larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este pais, lo delicioso de las orillas del Sena que habia oido ponderar mucho por otro, y por último la rara fisonomía de la antigua capital normanda. En lo primero no cabia engaño, en las otras dos cosas mis esperanzas se han realizado completamente. Dificil es en verdad imaginar una série de puntos de vista mas agradables que los que ofrecen las orillas del Sena, ya por sus pastos y praderíos, ya por sus bosques y arbolados, ya por sus quintas y palacios de recreo, y mas que todo quizá por el curso apacible y serpeante del rio que no parece sino que lucha contra el destino que le arrastra al mar, segun las numerosas vueltas y rodeos con que se desliza por aquellos campos. Sin contar los paisajes que ofrecen los alrededores de París, y que se disfrutan igualmente desde los caminos de Saint Germain en Laye y de Versailles, apenas dejan de verse puntos agradables empezando por el bosque del primero de estos pueblos, y acabando por Rouen. La mayor parte de las posadas (stations) estan agradablemente situadas no menos que los pueblos que se atraviesan ó divisan. Los muchos recodos del Sena han hecho necesarios cuatro puentes, desde los cuales se domina muy bien aquella hermosa tabla de agua, que por otra parte rara vez se pierde de vista, y cuyas islas prolongadas, verdes y frondosas, parecen otras tantas selvas plantadas en mitad de la corriente por una mano misteriosa. Los *tunnels* ó trozos subterráneos del ferro-carril en número de cinco, en los cuales se pasa repentinamente de la claridad del sol á las tinieblas de la noche y vice-versa, contribuyen extraordinariamente á la variedad, sobre todo el de Rolleboise, cuya travesía dura mas de cinco minutos, á pesar de la velocidad extrema del tren. Los infinitos ganados en que tanto abundan las llanuras de la Normandía, famosas por sus pastos, y de los cuales algunas reses atravesaban la corriente en toscas barcas conducidas por algun labrador para apacentarse en las islas, acababan de dar la última pincelada á los cuadros que iban desfilando á nuestra vista como en alas de un viento desatado. No cabe duda que los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan, pero la misma vaguedad de las impresiones, y sobre todo el movimiento de que parecen animar á la naturaleza adormecida, excitan poderosamente la imaginacion, como si el hombre se gozase en su orgullo de variar sus leyes.

Por fin, despues de disfrutar de corrida este panorama durante cuatro horas y media de caminar, que se me hicieron un minuto, paró el tren en el desembarcadero de Rouen. El dia que á la madrugada se presentaba claro y despejado, se habia ido entoldando poco á poco, y en aquel momento comenzaba á caer una lluvia finísima. Las infinitas chimeneas de vapor de aquella ciudad industriosa contribuian á obscurecer mas y mas la atmósfera con su espesa humareda; de modo que el primer aspecto del pueblo apiñado y negruzco, sobre el cual descollaban las torres labradas y la flecha altísima de hierro de la catedral hácia la izquierda, la torre delicadísima de Saint Ouen, á la derecha, y un poco mas lejos y por fondo las verdes colinas, á cuya falda está edificada la ciudad, no podia ser mas triste. Delante de mí tenia el puente nuevo con la hermosa estátua colosal en bronce de Pedro Corneille, el rio entristecido por el color de la atmósfera, y los hermosos muelles plantados de árboles, por encima de los cuales se elevaban los mástiles de los infinitos barcos amarrados á la

orilla, y entre cuyas ramas se perdia en vagos festones el humo de algunos vapores prontos á salir para el Havre ó para Elbuf. Los marineros y gentes que hormigueaban por las orillas, parecian mas taciturnos que de costumbre como disgustados de aquel mal tiempo en el mes de julio, y algunos grumetes trepaban por las cuerdas ágilmente para coger las ropas tendidas al aire.

Despues de echar una ojeada á aquel hermoso panorama, me encaminé á la abadía de Saint Ouen, cuya primorosa y elegante torre cautivaba mi atencion. Ella y la catedral era el principal objeto de mi viaje á Rouen, pues deseaba vivamente compararlas con los monumentos religiosos de España que hasta aquel momento habia encontrado notoriamente superiores á cuantos habia visto en este pais. En la antigua capital de Normandía debia cambiar de opinion, ó por mejor decir hallar una excepcion á mi regla, porque en efecto la iglesia de Saint Ouen es lo mas puro, aéreo y delicado que han visto mis ojos en el género gótico. La delgadez de las paredes, la gallardía de los estribos, lo rasgado de las vidrieras, y mas que todo quizá la incomparable torre que se levanta sobre el crucero de la iglesia, y tiene por remate una corona ducal, contribuyen á formar un conjunto tan rico y tan armonioso al mismo tiempo, que no sabe la vista apartarse de él. El aspecto sobre todo que presenta desde el lindo jardin que á la espalda tiene, y ofrece la abside preciosa del templo, la famosa torre y el resto del edificio en un escorzo peregrino, produce una impresion dificil de explicar. La luz penetra el edificio por todas partes, y á poco que la imaginacion se embebezca parece flotar en un flúido luminoso y vago. En aquel momento los accidentes de la atmósfera favorecian poco esta ilusion óptica, pero despues he visto descollar el templo sobre un cielo azul y diáfano y bañado por los rayos del sol que lo envolvian en una red brillante, parecia desprenderse de la tierra como se desprenden los pensamientos que inspira. Mil veces he recorrido la catedral de Leon, una de las mas ricas y atrevidas que posee nuestra España, sino la mas, y sin embargo con la sinceridad que debe caracterizar á un viajero, confieso que no llega á la unidad, concierto y reposo que como un aliento vital parece animar á Saint Ouen.

El interior del templo corresponde exactamente á su exterior. Tal vez lo darán á conocer mejor que nuestras palabras las siguientes lineas de un viajero inglés. «Quizá ningun edificio, dice el conde Beugnot, hiere la vista y asombra el pensamiento con la grandeza del solo Dios del universo, mejor que la iglesia de Saint Ouen. La armonía cabal de las proporciones conserva esta idea que desde luego se apodera del ánimo. El espíritu se alimenta allí de las impresiones profundas de la grandeza, de la inmensidad y de la eternidad y claridad misteriosa que penetra blandamente á través de los vidrios de colores diversos, prolonga esta especie de arrobo, que sin duda seria completo si un solo sonido muy suave del órgano viniese á perderse entre aquellas bóvedas, á manera de una voz celeste.

» Desde el gran pórtico occidental se divisa el coro en todo su conjunto y hermosura. En un círculo, ó por mejor decir un óvalo rodeado de altos pilares compuestos de columnas reunidas en forma de haces y desnudo de todo linaje de pared que pudiera impedir su vista. Imposible se hace de imaginar en este punto cosa mas aérea y seductora, pues la proligidad y delicadeza de estos planes es de todas veras famosa. En general la ausencia de todo adorno extraño es la que presta al interior del monumento aquel aire esbelto y gallardo, con un no sé qué de hechicería propio de él solamente, y que produce una sensacion que yo no experimenté jamás en ningun otro edificio de esta especie.»

Semejante elogio, por encarecidos que parezcan sus términos, nada tiene de exagerado ciertamente. Cuando yo lo ví por primera vez «ningun acento mio suave del órgano venia á perderse entre aquellas bóvedas;» la obscuridad del cielo apagaba los colores de las vidrieras, el coro colgado todavía de negro por unas exequias que se acababan de celebrar no presentaba su preciosa estructura: el templo estaba desierto, y la lluvia que en aquel momento comenzaba á desatarse reciamente parecia envolver el alma en aquella nube de tristeza desalentada y abatida que rara vez deja de apoderarse de la imaginacion de los hijos del mediodia en las regiones del Norte; tal espectáculo sin embargo, purificaba los sentimientos y elevaba las ideas, como si difundiese un perfume suavísimo por aquel vacío del corazon que sienten en todas las grandes ocasiones las almas bien templadas que los desengaños del mundo y el desvanecimiento de los sueños generosos ensanchan sin medida, y que con tanta violencia impele el alma hácia las fuentes de la religion y de un consuelo que rara vez acierta á dar la tierra.

Saint Ouen posee algunos cuadros notables como son el *Milagro de los Panes* de Daniel Hallé y una *Visitacion* por Deshalles de Rouen en la capilla de la Vírgen, junto con algunos otros de mérito inferior en mi corto entender, pero ni la sillería del coro, ni las vidrieras, ni los monumentos funerarios, ni los accidentes del culto, en fin, sufren comparacion con los de muchas de las iglesias de España y sobre todo con las de Burgos, Leon y Sevilla. Entre los sepulcros ví uno que me recordó un episodio de los mas hermosos de Shakspeare en sus dramas de Henrique VI; el del jóven Talbot cuya muerte digna de su gran nombre está pintada allí con tan nobles y angustiosos colores. El epitafio es sencillo como el heroismo de aquellos tiempos. Antes de salir de la iglesia uno de los numerosos *cicerones* que por aquí se encuentran y que por la traza no parecia á la verdad hijo mimado de la naturaleza ni de la fortuna, me dijo en inglés que mirase una pila de mármol obscuro que está á la derecha de la entrada. Hícelo así, y ví un efecto de óptica de los mas curiosos que pueden imaginarse, porque la iglesia entera se reflejaba en aquel cóncavo y reducido espejo, y la ilusion del agua que prolongaba sus columnas y las esmaltaba como si fueran de mármol bruñido, la revestia de una apariencia fantástica.

La fachada principal está por acabar y no ofrece nada notable, pero la portada llamada vulgarmente *de Marmouzets* que cae al mediodia, es delicadísima y presenta uno de los mas puros ejemplares del género gótico. Hace poco tiempo que ha sido restaurada con un gusto y talento admirables.

La abadía de Saint Ouen es antiquísima, pues su fundacion data de Clovis que la edificó en 553, pero en las guerras atroces de los normandos desapareció como era natural. Rollon, capitan de esta gente y primer duque de Normandía la reedificó, sus hijos la aumentaron, pero un Abad la demolió para edificarla de nuevo. Dos incendios la consumieron mas tarde por otras tantas veces, hasta que por último en 1318 el famoso abad Roussel Marc d'argent echó los fundamentos del templo actual que sin embargo no se acabó hasta principios del siglo XVI.

De Saint Ouen me encaminé á la catedral en medio de una lluvia espesa que hacia mas tristes las calles de la ciudad. A excepcion de los diques, Rouen tiene sin duda la misma fisonomía que en tiempo de sus duques, pues las calles son torcidas y estrechas, y las casas de madera y de construccion tan tosca que á tiro de ballesta descubren la infancia de la arquitectura civil. Añádese á esto que los atravesaños de los tabiques que asoman están pintados de negro, y fácil será venir en conocimiento del aspecto extraño, desigual y poco agradable del pueblo. Por fin despues de un rato de caminar llegué á la catedral que en el gusto, proligidad y abundancia de sus labores y arabescos, así como en la gran escala de sus proporciones, poco puede dejar que desear aun al mas descontentadizo; pero si la unidad, la trabazon y la armonía son las verdaderas fuentes de la belleza arquitectónica, fuerza es confesar que Saint Ouen se lleva la palma y que un gran número de nuestras catedrales la aventajan á las claras. Así y todo tal número de encajes de piedra, de rosetones, de galerías abiertas al aire y en fin de esculturas y adornos de todas clases es cosa hermosísima y prueba una riqueza y fecundidad de imaginacion, correcta sin embargo y bien encaminada, que da envidia. Todos estos primores como quiera no están igualmente derramados por todo el edificio, pues los relieves de las portadas que como es natural representan historias religiosas son áridos y desnudos de accidentes. La parte superior es la enriquecida á manos llenas. Hasta el dia no he encontrado en lo que llevo corrido de Francia portadas iguales á las de la catedral de Leon que no parecen sino otras tantas páginas del Apocalipsis y del Dante.

Las torres son notables por su elevacion y estructura, pero mas notable todavía es la flecha que se levanta sobre el crucero como la torre de Saint Ouen. Antiguamente era de madera, pero por su altura extraordinaria estaba expuesta á grandes riesgos en las tempestades, hasta que en una de ellas un rayo la consumió enteramente con gran estrago de todo el edificio. Este accidente sugirió la idea de hacerla de hierro fundido, y en el dia está muy cerca de su remate. El enorme peso del hierro por desgracia ha obligado á darle una delgadez y fragilidad aparente tan extremadas que en manera alguna se ligan con el resto del edificio, y dan á aquella construccion atresin vida duda el aspecto de una armazon de mimbres.

Si las diversas épocas en que se ha construido la iglesia han dejado su sello en lo exterior, por dentro no están menos de manifiesto con grave detrimento de su unidad. No faltan tampoco sus ejemplares de vandalismo de *buen gusto*; en prueba de lo cual citaremos las columnas griegas coronadas de una cornisa por donde se entra al coro, entrada al coro que substituyeron en 1777 á una hermosa valla del género gótico y que así dicen al resto del templo como diria una cruz á la estátua de Venus. La catedral contenia tambien en otro tiempo cuatro antigüedades preciosas: el sepulcro de Ricardo Corazon de Leon: el de Enrique el jóven, su hermano: el de Guillermo Plantagenet, su tio; y el de Juan duque de Bedford regente de Francia en tiempo de Enrique V. Ademas de ellos se veia en medio del coro el del rey Cárlos V. Los calvinistas mutilaron estos sepulcros en 1562, pero los canónigos que habia en 1736 sin duda para dejarlos en buen lugar los hicieron desaparecer por entero. Los que lean esto se preguntarán tal vez qué pudo dar márgen á tan extraña determinacion, pero la respuesta que les podemos dar tiene tanto de peregrino que si no les convence, por lo menos les sorprenderá sin duda. El poderoso motivo de semejante hazaña fué el antojo de hacer un altar mayor nuevo, y alzar el coro un poco mas. Ni paró en esto su necia apatía y abandono, pues de tal manera desaparecieron estas reliquias que hasta 1838 no se ha desenterrado la estátua de Ricardo Corazon de Leon. Ahora mismo, con poco crédito por cierto de la cultura francesa esta estátua yace por el suelo en la capilla de la Vírgen sin honores de ningun género. Por aquí puede venirse en conocimiento de que á todos nos alcanza la fragilidad del barro, y que estas buenas gentes que tiran tantas piedras á nuestro tejado podian mirar que el suyo no es de bronce. Como quiera, confieso que semejantes aberraciones apenas me dejan moderacion alguna pues si de las guerras y revoluciones ciegas de suyo y enviadas por Dios como un azote, nada se puede extrañar, nunca acierta uno á explicarse cómo con tan ridicul os motivos una corporacion en quien se supone instruccion y cordura, se permite semejantes demasias.

Dejando á un lado estas reflexiones, á que por desgracia apenas hay pais que no dé lugar, diré que la catedral me pareció magnífica sin duda. Entre las vidrieras pintadas como en lo demas se vé la huella de diversas manos y tiempos que señalan la marcha del arte. Las hay del siglo XIII, y de la época del renacimiento con sendas historias sagradas. Como quiera, lo mas notable que se vé es la capilla de la Vírgen, no solo por el hermoso cuadro de Felipe de Champagne que representa la adoracion de los pastores, sino por los tres magníficos sepulcros que encierra. Es el primero de Pedro de Brezé, conde de Maulevrier, señor normando muy nombrado en su tiempo que murió en la batalla de Montlherg de 1465; monumento notable por sus proporciones graciosas y la elegancia y delicadeza de su arquitectura. El segundo es el de Luis de Brezé, nieto del anterior y marido de la famosa Diana de Poitiers. Ella fué la que le hizo elevar este monumento, y allí está de rodillas al lado del muerto en frente de otra figura de mujer que suponen ser la Vírgen. La estátua del difunto es de una verdad horrible y hasta cierto punto repugnante porque representa la muerte física en su triste desnudez, pero su verdad raya tan alto que ha sido causa de que se haya atribuido al célebre Juan Goujon. El cenotafio contiene dos inscripciones francesas, una en verso y otra en prosa; pero la mas cu-

riosa es una en versos latinos dedicada por la viuda y en que despues de hablar de su pesadumbre le dice á su esposo que así como le fué fiel en el tálamo, así se lo será en el sepulcro. Esta declaracion en boca de una mujer nombrada por sus amores con dos reyes, ha hecho decir á espíritus malignos que la duquesa de Valentinois no se apartaba un punto de la verdad, y que tan fiel habia sido en un caso como en el otro. Pobre naturaleza humana que lleva hasta el silencio mismo de los muertos sus aparatos de vanidad y de mentira!—Este mausoleo es una de las producciones mas notables del arte en tiempo de Francisco I, y se ha atribuido por unos á Juan Cousin y por otros á un artista no menos célebre, Juan Goujon.

El tercero que es el de los cardenales d'Amboise, no muestra tanta pureza en cuanto al estilo pero sí mas proligidad y brillantez, y las dos estátuas de los cardenales junto con las otras mas pequeñas que se ven en la parte inferior, son admirables. La expresion de la oracion y de la piedad en los dos personajes no deja nada que desear.

Estos tres mausoleos no se recomiendan solo por el lujo y esplendor con que los adornan y por los recuerdos históricos que ofrecen, sino por que pueden servir á la historia del arte. El primero indica el estilo llamado gótico; el tercero la época en que el estilo gótico iba á ceder el puesto á las graciosas producciones del renacimiento; y el segundo es uno de los ejemplares mas puros de este.

No faltan otros primores que observar con gusto en este edificio, tales como la entrada en la sacristía y la escalera que conduce á la biblioteca del cabildo obras ambas de suma delicadeza y esquisito gusto. Existen ademas los sepulcros del famoso Rollon, primer duque de Normandía, azote primero y terror de este pais su padre y bienhechor, en seguida, el de Guillermo Longue-Epée su hijo y otros varios.

Despues de la catedral visité la iglesia de Saint Maclon de un gótico muy puro y notable principalmente por sus puertas, cuyas delicadas esculturas son obra de Juan Goujon. Representan algunos pasajes de la Sagrada Escritura, tales como la *Muerte de la Virgen*, el *bautismo* de Jesucristo y otros varios acompañados de curiosos arabescos, son dignos sin duda del gran nombre de este artista.

Dejando la iglesia de san Patricio para el siguiente dia, pues el turbio color de la atmósfera hubiera privado á sus famosos vidrios de su principal atractivo, me encaminé al *Palacio de Justicia* ponderado por todos los viajeros. En realidad es dificil imaginarse mas número de labores en tan reducido espacio, ni mejor gusto en la eleccion y distribucion. Describirlo por menor seria tarea muy prolija y cansaria de seguro á los lectores: baste decir que aunque en el estilo se advierte cierta mezcla del renacimiento, todo ello es de una belleza acabada. Por dentro no es menos notable la inmensa sala llamada de Procuradores y muy alabada de los arquitectos por la audacia de su construccion, que la antigua cámara en que actualmente celebra sus sesiones el tribunal de Assises, una de las mas bellas de Francia segun dicen. El artesonado dividido en compartimentos no muy grandes y decorado de florones y adornos de bronce dorado, ha cobrado con el tiempo el color y esmalte del ébano á pesar de ser de roble. No faltan particularidades que por menudas omito, pero que figurarian bien en una relacion mas circunstanciada.

La tarde que comenzaba á decaer y el mucho cansancio que sentia, me obligaban á limitar mi curiosidad por aquel dia al célebre Hotel de Bourgtheroulde que tan vivamente excita la curiosidad de los arqueólogos ingleses y franceses y aun la de cualquier otro medianamente versado en la historia moderna. Un sinnúmero de anticuarios de entrambos paises á cuya cabeza figura el sabio benedictino Dom Montfaucon, han ilustrado no solo con descripciones sino con grabados, litografías y hasta con vaciados, los famosos relieves de este palacio que contienen diversas escenas de la célebre entrevista del campo *du Drap d' or* entre Francisco I y Enrique VIII; entrevista en que la nobleza de Francia y de Inglaterra se arruinó en competencia honrosa de galas y bizarria. A esto hace alusion Shakspeare en el principio de su comedia de Enrique VIII. Los relieves en efecto son preciosos, no solo por su parte histórica sino por su ejecucion, y pocas cosas ha dejado el renacimiento de mas subido valor. Hay ademas otros relieves que representan asuntos pastorales, sobre todo en la parte exterior de una torrecilla que contiene un gabinete notable por las esmeradas labores de su maderaje y artesonado. Este edificio se comenzó á últimos del siglo XV y se acabó á principios del XVI.

Si tantas circunstancias no concurriesen á hacerle célebre, aun habia una que añadiria algo á su fama y es la de estar situado en la misma plaza en que la doncella de Orleans, la inmortal Juana d' Arc pagó con la vida su heroismo; «en atencion, dice el rey de Inglaterra en una carta á su *muy querido y amado tio*; en atencion á los grandes perjuicios é inconvenientes, á los horribles homicidios y detestables crueldades y otros males sin cuento que habia cometido, respecto nuestra señoría y leal pueblo obediente.» Tal fué el fin desastroso de aquella mujer extraordinaria que Shakspeare á fuer de inglés ha revestido de un prestigio infernal que el noble Schiller ha convertido en un ángel ligado á la tierra solo por su desventurado amor, y que por una contradiccion extraña, cuanto lamentable, solo un gran genio compatriota suyo ha querido exponer á la burla y escarnio del mundo.

Mi tarea estaba concluida por aquel dia, y para descansar juzgué que no podia elegir mejor medio que entrar en una barca de las infinitas que surcaban el rio y recorrer sus orillas. La lluvia habia cesado por entonces, y aunque el cielo estaba encapotado todavía, los nublados se habian remontado. Del lado del poniente venia una claridad pálida y extraña que revestia todos los objetos de una tinta indefinible. Los árboles goteaban mucho; el heno de las extensas praderas de la orilla izquierda yacia abatido por el peso de la lluvia: los marineros descogian sus velas para sacarlas aprovechando una brisa que venia del mar: el silencio era sumo en ambas riberas y solo algunas barquillas que se deslizaban como otros tantos ánades silvestres y dos bergantines que subian muy lentamente del Havre con las velas extendidas y tirados por pesados caballos normandos, turbaban el espejo de las aguas. Era una escena como hay pocas, ó por lo menos de las que no habia presenciado todavía. Despues de cruzar diversas veces las verdes islas del rio, hice que me dejasen en tierra mas arriba del puente de piedra casi en frente del camino de hierro. A pocos minutos un tren que salia para París arrancó con su acostumbrada velocidad, pero con un estrépito infinitamente mayor á causa de la pesadez del aire y del silencio de la noche, y sembrando el camino de chispas brillantes que caian de la máquina y relumbrando con los faroles encendidos de sus carruajes en medio de la obscuridad, desapareció con la rapidez de un meteoro dejando detrás de sí un surco luminoso que las tinieblas se tragaron al instante. Imágen mas fiel del destino del hombre en la tierra, apenas puede ofecerse á la imaginacion de nadie. La disposicion del terreno me impedia ver la hilera brillante de faroles de gas que iluminaban el muelle, pero en cambio por debajo de los arcos del puente veia el reflejo que formaban en el agua vislumbrar vagamente cortado por los mástiles y cordajes de los infinitos barcos amarrados á la orilla. Aquel rio sosegado y silencioso se asemejaba al rio mismo del Olvido, y la estátua de Corveille que descollaba sobre el fondo oscuro del cielo y que por la oscuridad se presentaba mayor todavía, parecia el emblema material del genio que sobrenada en el mar de los tiempos. La soledad no podia ser mayor: cuanto me rodeaba me era extraño absolutamente, ni un acento de mi lengua natal, ni siquiera una voz amiga venian á herir mis oidos; y esta situacion en que por primera vez me veia, era sin duda á propósito para despertar un millon de recuerdos y emociones. Por fin me retiré á mi posada, y el cansancio material pudo mas que las excitaciones de la fantasía, conciliándome un sueño profundo pero no muy largo, pues al dia siguiente muy temprano ya estaba en pié.

La vara de un mágico no hubiera causado transformacion mas rápida y completa. El cielo estaba revestido de un azul semejante al de España, y solo del lado del Havre flotaban unas nubecillas, que por su forma y color parecian otras tantas bandas de raso blanco. Infinitas gentes vestidas con grande aseo cruzaban por los muelles alegremente, conversando con animacion: innumerables barquillas surcaban el rio en distintas direcciones, en los mástiles de los barcos flotaban banderas de varias naciones: las praderas habian sacudido su humedad y mecian al viento su verde cabellera: algunos vapores, cuyas chimeneas despedian un humo denso, se disponian á partir, y cuanto habia en el cuadro del dia anterior de triste y amortecido, tenia el presente de vivo, espléndido y animado. Sin perder tiempo me dirigí, como tenia próyectado, á la montaña de Santa Catalina para gozar por entero de aquel extenso y nuevo panorama. Con suma diligencia trepé á lo mas alto, y situándome sobre las ruinas del fuerte del mismo nombre, pude satisfacer la curiosidad que me aguijoneaba: á mis pies corria el Sena, pero con movimiento tan suave, que parecia un prolongado estanque, sus islas de forma prolongada y estrecha figuraban con sus olmos y chopos otras tantas naves revestidas de ramaje y plantas ligeras para celebrar una fiesta campestre; en su orilla izquierda comenzaban las dilatadas y feraces llanuras de la Normandía, cuya inmensa alfombra de verdura iba á perderse en el horizonte. A mi derecha tenia la ciudad envuelta en vapores ligeros y transparentes, sobre las cuales descollaban las torres de sus numerosas iglesias, y sobre todo las de Saint Ouen y la catedral. Extendíase suavemente desde la orilla del rio por la falda de una agradable colina vestida de árboles, y los numerosos contrastes que ofrecian sus casas feas, desiguales y negruzcas con los bellos edificios religiosos y civiles que posee y con los paseos y manzanas regulares del muelle, contribuian agradablemente á la variedad del espectáculo. Las antiguas murallas que tanta celebridad la dieron en las guerras y disensiones de Francia, son otros tantos paseos de frondosos olmos, que forman un recinto, sino tan terrible, sin duda mucho mas pacífico y vistoso. Por detras de mí se extendia un vallecillo lleno de fábricas que venia á morir en la ciudad, cuyos tejados azules de pizarra vislumbraban á los rayos del sol, y me recordaban los de las aldeas de mi pais, que tantas veces he visto desde la cumbre de los montes. Finalmente, la vista era tan deliciosa de por sí, que á cualquiera hubiera embebecido, pero la animacion y tráfago de la poblacion, los repiques alegres de las iglesias, y la multitud de aldeanos que de los pueblos vecinos se dirigian á la ciudad, eran como otros tantos toques agradables del cuadro. Desde aquella altura se oian las campanas de los vapores que llamaban á las gentes á bordo, y poco despues se les veia salir, alejándose rápidamente como favorecidos de la corriente, los que se encaminaban al Havre, y acercándose mas lentamente los que se dirigian á Elbæuf, y que por lo mismo tenian que pasar al pie de la montaña de Santa Catalina. Los diversos trajes y aposturas de las personas que se apiñaban en la cubierta, junto con la variedad caprichosa de colores desapareciendo entre las islas, y volviendo á aparecer á lo lejos ya mas confusos y borrados, era cosa que llevaba los ojos. Como quiera, la sensacion mas extraña que allí experimenté fué la de un convoy larguísimo que ví salir para París, y que arrastrándose con celeridad increible por medio de casas, árboles y sembrados, parecia desde aquella altura una inmensa serpiente que se desliza por entre matorrales y peñascos.

Despues de apacentar la vista mas de dos horas con tan delicioso espectáculo, bajé de mi altura con deseo de visitar de nuevo las iglesias del dia anterior, y recorrer las que me faltaban todavía, entre las cuales merece el primer lugar San Patricio por sus magníficas vidrieras. Son todas del siglo XVI, época la mas aventajada de esta clase de pintura en Francia, y entre ellas hay una alegoría que representa *El Triunfo de la verdad*, hecha segun se cree por los dibujos de Juan Cousin, y cuya composicion é iluminacion corren parejas. Rouen no ofrece nada mejor ni aun tan bueno en este ramo del arte.

En esta tarea se pasó el resto de la mañana y una parte de la tarde, de manera que ya el tiempo que despues de comer me quedó, fué apenas bastante para alargar mi paseo por la orilla del rio algo mas que el dia anterior. La caida de la tarde tuvo una pompa tan magnífica y sosegada, y los accidentes y celajes del ocaso fueron tales, que de seguro no serán espectáculo muy frecuente en los alrededores de aquella ciudad, á quien dan algunas gentes el nombre de *medias negras de la Normandía*, por lo nebuloso de su cielo. El número de barcos pequeños y gran-

des que subian, bajaban y cruzaban el Sena para dejar ó recoger gente en las islas era grandísimo, y ni Lyon, á pesar de sus dos rios, ni París con su inmensa poblacion, me habian ofrecido nada semejante. La marcha de los de vela sobre todo cuando se encaminaban al Havre, dejándose llevar por la corriente, era tan pausada que no alteraba la tersa superficie de las aguas. Yo no sé qué se me figuraba ver pasar sus velas iluminadas á un tiempo por la luna y por los últimos reflejos del ocaso por detras de los árboles y arbustos de las islas que me ocultaban el casco. Por su magestad y silencio me recordaban aquella sucesion de reyes y príncipes, cuyas sombras desfilaban ante los ojos de Macbelth en la cueva de la bruja. En cambio de todo este sosiego, de cuando en cuando acertaba á pasar algun vapor, y entonces el agua alterada por sus ruedas, azotaba por algun tiempo las orillas semejante á la del mar, como irritada de ver turbar aquella calma de que gozaba. Como la mayor parte de las gentes de Rouen se restituian á sus hogares de las giras y fiestas campestres á que se habian entregado durante el dia, traian músicas, que á pesar del ruido de la máquina no dejaban de oirse y de producir un efecto muy agradable. Una porcion de mujeres, vestidas de blanco ó de colores alegres, que ocupaban la cubierta para gozar de la noche, completaban la ilusion, sobre todo cuando con alguna ráfaga de viento ondeaban sus chales y los largos y flotantes velos de sus sombrerillos.

Para que todo cuanto encontraba en Rouen tuviese á mis ojos un carácter de novedad, de vuelta ya, y poco antes de entrar en mi posada, acerté á ver en una esquina un anuncio de teatro que decia: *La Main Sanglante* ou *Le Medecin de son honneur*: si alguna duda me podia quedar, las siguientes palabras me la hubieran disipado, pues decian terminantemente que era una traduccion de *El Médico de su honra*, de nuestro don Pedro Calderon. Aunque el cansancio no podia ser mayor, me pareció que seria tibieza en el amor del pais dejar de ver la funcion, y asi me encaminé al teatro en derechura, donde me encontré la comedia muy al principio por haber echado antes otra pieza. La representacion me gustó muy poco, como ya me lo figuraba; la traduccion me pareció hecha con esmero, pero las alteraciones que advertí prueban que nuestro gran dramático ha sido tratado *trop cavalierement*, como por aquí dicen, ó segun por ahí decimos, sin asomos de cortedad. El personaje de doña Leonor está totalmente suprimido: al cirujano le han dado una importancia que no tiene, y el desenlace mismo muy diferente. En general puede asegurarse que la eleccion de esta gran obra es desacertada, pues la pasion de los zelos se siente en ambos paises de manera harto diversa para que la conducta del hidalgo español no parezca feroz en demasía al público francés. Los accidentes del *Pintor de su deshonra* estan mucho mejor combinados para producir el mismo efecto, sin necesidad de acudir á enmiendas ni zurcidos, imposibles en las obras del genio.

Para mucho mas daba lugar esta escursion, que tardará sin duda en borrarse de mi memoria, pero tal vez los demas detalles son de interés puramente local, y no excitarian la curiosidad de los lectores. Baste decir que de los españoles que vengan á Paris, ninguno, por lo menos durante el buen tiempo, debe dejar de hacer este viaje que á lo rápido, cómodo y barato junta lo entretenido y aun instructivo, pues tanto los amantes de las nobles artes como los aficionados á las útiles, encontrarán en los monumentos y fábricas de Rouen cosas dignas de observarse. Un consejo me queda por decirles, y es que si el tiempo se lo permite, no dejen por nada del mundo de llegar al Havre, pues así como el sol se reviste muchas veces para ponerse de mas luces y esplendor, del mismo modo el Sena, á medida que se acerca á su término, multiplica su magestad y sus bellezas. Yo por mi parte no pudiendo detenerme mas largo espacio despues de haber registrado de nuevo los alrededores y cosas curiosas de la ciudad, dí la vuelta á París con tiempo mucho mejor que me permitió disfrutar mas cumplidamente de todas las perspectivas del ferro-carril. Habiéndolas visto poco antes, suscitaban en mi ánimo la misma impresion que una música deliciosa oida por segunda vez. Por fin en las mismas horas llegué á Paris muy satisfecho de mi viaje, aunque mucho mas lo estaria si supiera que sus desaliñados bosquejos habian de entretener á mis compatriotas, y ayudarles á pasar algun rato de ócio.

ENRIQUE GIL.

París 26 de julio de 1844.

EL ASTRÓLOGO Y LA JUDIA.

LEYENDA DE LA EDAD MEDIA.

II.

¡Quién creyera que tanto juramento de amor, tan acendrada fé, una constancia tan sostenida por espacio de ocho interminables años, hubiese de flaquear precisamente desde el momento en que un irrevocable vínculo parecia haber unido para toda la eternidad á los dos héroes de mi cuento! ¡Quién pensára que naufragase en el mar de la bonanza la flotante barquilla, salva de tan deshechas tempestades y que finára al cabo aquel hálito vivificante á cuyo soplo respondieron antes unísonos sus corazones, sustituyéndole la fria saciedad, y luego el hastío y la aversion por último; sin embargo, todo pasa en este mundo; y este axioma por desgracia ó fortuna nuestra, tan verdadero, ha sido formulado por un filósofo, repetido por ciento, y será comprobado hasta el fin de los siglos. ¡Todo pasa! no hay nacion que no lo reconozca, no hay idioma que no lo exprese: esta frase que tanto nos aterra debiera ser no obstante nuestro único consuelo.

No tardó Sahara en advertir que su amante, lejos de abandonar sus ideas de ambicion y las fútiles investigaciones en que habia consumido los mejores años de su vida, se aferraba con mas ahinco á ellas, aquel hombre que en un momento de fervor depositára en flacas manos el hilo de su existencia, consideraba desde entonces casi inevitable la perspectiva que al aparecérsele por primera vez tanto le habia sobrecogido. Ella por su parte ¿no tenia razon para temblar? ¿No era posible que aquel para quien el amor á la ciencia lo era todo sacrificase con una palabra ese otro amor, si por fatal desgracia llegaba una vez á obstruirle el paso?

Y véase como la apasionada escena de que el *Antro del Diablo* fué testigo, vino á ser para entrambos la mas acerba memoria, memoria que poco á poco corroia en sus corazones toda noble semilla, todo generoso sentimiento, sin ser empero osados á confesárselo.—«Al menos antes de aquella negra noche, se decia cada uno, Dios ó el destino solos hubieran decidido de nuestra suerte.—¿Y quién sabe, añadia ella, lo que me estaba reservado? ¿Quién sabe si recuperando el viejo Eleazar á su hija, hubiera sido para ambos el brillo de esa estrella que á tanto debe llegar, si no se me ha engañado?.... una corte..... un trono.....»—¿Y quién sabe, continuaba él, hasta dónde en alas de mi genio, se elevará esta gigante imaginacion cuya hoguera me abrasa, á no poder anonadarla á deshora en brazo ajeno armado por mí mismo? Ciencia, que en mis vigilias busqué; gloria, á que idólatra aspiro; os estaba predestinado y deberé perderos? — Víctima así cada cual de tan continua é interna lucha, pasaban sus dias en un silencioso malestar que en vano querian ahogar en su seno; y era el mayor de sus tormentos, haber de ocultársele mútuamente, que para sostener, cual á ambos convenia, aquella union que diariamente se relajaba, debió la hipocresía venir en auxilio del interés; así sucede por lo regular en el mundo.

Evitando uno y otro interrumpirse en sus melancólicos pensamientos, huian las ocasiones de hallarse juntos; y por un convenio tácito, ni se hacian reconvenciones, ni echaban menos los antiguos momentos santificados por el amor, que prometian haber sido inextinguibles, eternos. Mientras Sahara derramaba amargas lágrimas en su aposento, se internaba Alvar en la vecina selva donde pasaba uno y aun mas dias seguidos sin regresar á la habitacion, abstraido sin duda por importantes quehaceres.

—Yo le pagaré tamaño olvido en igual moneda, dijo la desconsolada doncella al despertar una mañana, advirtiendo que rayaba la tercer aurora desde que su amante abandonára sus hogares para una de aquellas ordinarias escursiones; yo tambien me marcharé como él, sin despedirme.

Estaba resuelta. No tardó en hacer un lio de los mas precisos efectos de su uso, y en vestirse su acostumbrado traje. El pajecillo estaba mas gracioso que nunca.—¿A dónde iba? No lo sabia.

—Que el benigno Sol que preside al nacimiento de la rosa de Alejandría, alumbre vuestros pasos, hermoso pimpollo, dijo un hombre de aventajada estatura y atezado color, interponiéndose en el umbral que ya iba á salvar la fugitiva.—Loado sea el que aquí me ha dirigido. No podia llegar á mejor tiempo.

—¿Quién sois?

—Soy un pobre esclavo nubiense transportado en cambio de un poco de oro á estas montañas del Norte, en que suple el hombre con una vestidura de hierro el vigor que falta á su piel blanca para resistir el rayo del sol del dia y el brazo de su contrario. Nada tengo, pero mi vista alcanza al porvenir salvando tiempos y distancias: leo el destino de los humanos, y me rio de su miseria. Vuestro padre....

—Mi padre! interrumpió Sahara.

—¿Pues no os he dicho que para mí no hay arcanos en cuanto se agita sobre la haz de la tierra? Vuestro padre Eleazar me envia á buscaros desde la orilla encantada que ahora habita al otro lado del Estrecho de Hércules. En la vecina costa os espera, si consentís en acompañarme, la mas rápida caravela que haya surcado jamás la espalda del turbulento mar á que Atlante dió su nombre. Cuando despliega sus triangulares alas, aventaja á la golondrina que en su pos se dirige á la zona del fuego al levantarse las brisas invernales.

—¿Deberé abandonarle?.... y para siempre? murmuró la jóven.

—El empeño que con él os une, solo podrá terminar de ese modo. Pasareis á sus ojos por muerta: vuestros cabellos serán para el no mas que una preciosa reliquia que conservará con cuidado. Entre tanto vos guardareis el que de él hubísteis, y aun le usareis si alguna dia os pareciese conveniente. Venid, pues, venid; vuestro padre se muere; recibamos su último suspiro: y puedan las diademas de brillantes, las sartas carolinas y las ajorcas de perlas que en sus arcas se guardan, no embellecer jamás la frente, los brazos y el cuello de una advenediza despues de su muerte.

—Marchemos.

Y desaparecieron.

¿Qué hacia entre tanto Alvar? despues de un dia mas pasado en su oculto retiro, encontró al retorno franca de par en par la puerta de su morada. No creyó muerta á su amante porque no habia el menor indicio que indujese esta sospecha; y muy desmemoriado ó muy ladino debió ser el esclavo, para descuidar tan interesante precaucion, siendo verdad que tuviese todo el poder que se atribuia. Pero la pesadumbre del astrólogo, dado que alguna sintiera, se disipó poco á poco, y refluyó en beneficio de su pasion dominante á la que desde aquel punto se dirigieron todos sus pensamientos. Turbaba sin embargo sus mas hondas cavilaciones la memoria del poder con que locamente habia armado á Sahara, que en un momento de despecho, tarde ó temprano, no dejaria de recurrir á él y herir su frente, antes de que en ella fructificase el lauro inmarcesible de la gloria. Algunas veces cruzando por su mente una siniestra idea, llevaba su trémula mano á la cajita de oloroso enebro que contenia los cabellos de la judía, y se aprestaba á soplar sobre aquel liviano depósito: mas.... tan frio asesinato le horrorizaba: repelia iracundo la peligrosa tentacion, y se alejaba á largos pasos descolorido y calenturiento. Pasado así algun tiempo, pareció que un rayo de esperanza le animaba. En uno de los ilusorios desvaríos de su imaginacion, habia osado concebir el plan mas vasto, la mas gigantesca idea que engendró nunca cabeza humana: las profundas abstracciones, aquellas dilatadas ausencias tan sensibles á su amante, no tenian otro motivo; porque tan exaltado como demente, pretendia topar con un misterio, ante el cual fuera mezquino el de la confeccion del oro; queria hallar el *licor de la inmortalidad*. Este halagüeño devaneo, á que se habia aferrado como á una última áncora de salvacion, parecia posible á sus ojos: con él desafiaria los tiros de la suerte, destruiria el efecto de una palabra muy de ligero pronunciada por la que alienara su existencia; su nombre, aun mas que su terreno sér, se eternizaria en la memoria de los hombres. Y por espacio de tres dias, todos sus cómputos, amalgamas y copelaciones, correspondian exactamente á sus deseos.

Hé aquí la razon porque dos meses despues de la fuga de Sahara, al encaminarse con veloz paso á la retirada selva, se retrataba en su ademan con mas fuerza la violenta sensacion que le dominaba.—Proponíase aquella noche llevar á cumplido fin sus investigaciones, perseguir al destino hasta forzarle en sus últimas trincheras y arrancarle el fecundo secreto cuyo velo creia ya tener asido. Grande, inmenso iba á ser su júbilo, ó amarga hasta la muerte su decepcion. Así, al entrar en el solitario centro, sintió latir precipitadamente su corazon, y la tea de pino vaciló en su mano.

—¡Qué calor! dijo pasando un lenzuelo por su húmeda frente; y observando las brillantes y rápidas exhalaciones que se sucedian en la atmósfera con breves intervalos.—La noche me es propicia, añadió; acabemos.

Colocó en un hueco practicado en la pared la antorcha que le alumbraba, y desembarazándose de su molesto ropaje, dió principio á sus trabajos.

Mucho habia variado el interior de la gruta desde que el diablo (que la daba nombre) se apareciera en ella á Alvar de Tudela y á su pretenso paje. Las paredes, desiertas en aquel tiempo, estaban ahora adornadas de largas repisas en que se veian en profusion, retortas, sifones, fragmentos de minerales, huesos calcinados, vasijas de todos tamaños con bálsamos, espíritu y esencias, é infinidad de objetos de física, química y zoologia. En un extremo habia un alambique; al otro, ardian en dos hornillos varios crisoles. Una mesa colocada cerca del muro, contenia un cúmulo de pergaminos borrajeados con caractéres extraños y un antiguo libro. Divisábanse tambien sobre ella un nivel, un compás, y la fatídica cajita de enebro, que acompañaba al astrólogo en todas sus operaciones.

Pasaron en esto dos horas; los relámpagos cada vez mas frecuentes, comenzaron á menudear sin interrupcion, penetrando por la claraboya de la cueva junto con una impetuosa y abundante lluvia que hizo levantarse de su sitial al absorto meditador y refugiarse á uno de los rincones del aposento. Oíase el silbido del viento entre los árboles y el aleteo de las aves nocturnas turbadas en lo mas profundo de su reposo.

—Próxima está á su término, la fusion que ha de coronar mis esfuerzos ó arrancarme mi última esperanza, murmuró sin parar mientes en el desórden de los elementos que convulsivos se agitaban sobre su cabeza: sí, en el momento en que el espíritu se mezcle con el metal derretido formando un nuevo líquido puro y homogéneo, sabré si he acertado en mis cálculos ó si soy tan solo juguete de un falaz é impotente ensueño. ¡Hervid! ¡arded! Hervid hasta que evaporada la última molécula impura me ofrezca vuestro reservatorio limpia y preciosa la elemental sustancia que apetezco, ¡arded!

Se detuvo. Un ígneo resplandor, vivísimo y ondulante *como una serpiente que desenrolla sus mil anillos*, deslumbró su vista. Siguióle, ó mas bien le acompañó una fuerte detonacion: el Astrólogo habia caido como desvanecido por un vértigo: á dos varas de él, y precisamente debajo de la abertura que comunicaba su luz á la caverna, se distinguia un ancho hoyo en el pavimento del que emanaba un insoportable hedor de azufre.

El agua caia á torrentes inundando con sus raudales aquel estrecho recinto que pronto no fué bastante á absorberla, y empezó á encenagarse, y luego á formar una laguna en su centro cada vez mas profunda y mas extensa hasta llegar á cubrir de extremo á extremo el suelo de la gruta. Bramaba el viento impeliendo adelante las apiñadas nubes que se sustituian unas á otras con creciente violencia, avanzando hácia el horizonte—Menguó no obstante, su furor insensiblemente: el cielo se encapotó de pálidos vapores salpicados de manchas negras, y Eolo triunfante se derramó por la llanura con su irritado séquito, como un torrente desbordado.

Entonces el huracan se ostentó en su mayor fuerza. Acercábase con el estrépito de un escuadron lanzado á escape hácia la espesura que ocultaba el *Antro del Diablo*. Su nocturno habitador, vuelto en sí con la frialdad del agua que bañaba sus pies, se dirigia agitado por un nervioso temblor, á buscar la boca que facilitaba la salida. Un fragor horrible estalla, se estremece la selva en sus raices; elevados pinos, corpulentas hayas, encinas seculares todo cruge, cae, ó es arrastrado por la tormenta que al pasar ciega con troncos y hojarasca el estrecho callejon, único medio de salvacion de Alvar. Desfallecido retrocede al asilo que deja á sus espaldas: mas... ¡Oh prodigio! el agua, á pesar de no proseguir la lluvia, crecia y crecia sin cesar desmoronando las paredes del aposento. Ya, anegados los hornillos, flotaba desparramado ó disuelto en sus ondas, el fruto de tantas tareas:—un vahido trastorna su cabeza;—sube el agua, moja su cintura, su pecho, su cuello... Apoya sobre la mesa, la vacilante mano; palpa la caja, la abre, sopla y...

Era la media noche.

Si no es todavía enojoso al lector seguir el hilo de este desaliñado cuento, tómese la molestia de acompañarme á bordo de la *Niebla*, velera embarcacion de dos palos, en cuya cámara encontrará á Sahara, mas desolada que nunca, y al azabachado esclavo que la indugera á embarcarse.

—¿Dónde estamos, Rustan? decia aquella enjugándose los ojos con un cabo de su almaizar de gasa.—Cincuenta soles hace que vimos la tierra por última vez. ¿Será tal mi ventura que algun dia la huelle nuevamente?

—¿Quién sabe?

—Ah! si el velo de lo futuro es transparente para tí decláramelo por tu vida.—¿Me lo aseguras?

—¡Psé! Todo pudiera ser, repuso el hijo de la Nubia dando á su gesto una indescriptible expresion que en su desconsuelo se escapó á la doncella. Por lo demas teneis razon; cincuenta soles van ya transcurridos desde que abandonamos las costas españolas: pero hace mas de treinta que este maldito nordeste, cortándonos primero la entrada del Mediterráneo, nos empuja mar adentro, sin saber dónde en la actualidad nos hallamos. Como quiera, yo presumo que jamás ha resonado en estos lugares otro rumor que el mugido de las olas, ni su vírgen seno ha sido surcado mas que por los monstruosos peces que á cada paso vemos en nuestro camino.

—Es verdad, sí. Repara cuán furiosos siguen la estela que deja tras sí el buque, cual si pretendieran anonadarle por ser osado á turbar su reposo. Pero ¿durará esto mucho, Rustan? Dímelo por piedad.

—Aun tenemos provisiones para tres dias, contestó el negro eludiendo la pregunta. Ya sabeis que poseo el medio de depurar el agua del mar hasta hacerla potable. Por otro lado, el piloto asegura haber observado algunas señales que indican la proximidad de la tierra. Esperemos, pues....

—Antes me matará mil veces la pesadumbre.—Mira, amigo; yo he pensado.... acaso será una mala accion, pero....

—¿Qué, señora?

—Fué Alvar tan ingrato conmigo....

Y diciendo asi sacaba de su seno el mechon encantado envuelto en un pedazo de seda.

Rustan se puso en pie; aplicó el oido á la parte de donde venia el viento, y volviéndose repentinamente, detuvo su mano esclamando:

—Todavía no.

—¿Qué dices?

—Qué... Pero ¿qué estrépito es ese?

Silbando como una bomba que se eleva rebotando del bronce que la despide habia sonado arriba una fuerte ráfaga, á cuyo sacudimiento se estremeció todo el buque. Los marineros alzaban agudos alaridos, y corrian en todas direcciones: al arrojarse los dos interlocutores á la estrecha escalera, dieron con un hombre que bajaba á toda prisa.

—¿Qué hay? preguntó Rustan.

—El Piloto, señor...

—Acaba.

—Estaba sobre el castillo, y un vaiven le ha arrojado al agua.

—Salvadle! exclamó enajenada la jóven.

¡Imposible! Ya los tiburones se disputaban sus palpitantes restos. Entre tanto arreciaba el hervor de las olas: saltaba á copos la espuma de sus erizados lomos, y el viento sacudia los mástiles cual si fueran quebradizas cañas.—¡Orza! gritó Rustan, abalanzándose al delicado mancebo que manejaba el timon: ¡voto á!... está mareado! Quitad de aquí este alfeñique, muchachos: probemos si mi brazo es algo mas vigoroso.—Bien! y vosotros á la maniobra.

La noche fué terrible: ni un solo hombre bajó á tomar descanso, ni la infeliz Sahara pudo pegar los ojos. ¿Pero cuáles serian en tanto los pensamientos de su atezado escudero? se asegura que hubo momentos en que abandonando su puesto se hundia por alguna trampa desconocida á lo profundo del buque, y aparecia nuevamente al cabo de pocos minutos, animando sus encendidos labios una ambigua sonrisa. Lo cierto es que á las tres de la mañana las tristes voces de «el gobernalle ha saltado,»—«el barco hace agua»—vinieron á aumentar la confusion de la escena. Toda la tripulacion se precipitó á la bomba; afortunadamente este último recurso era aun suficiente para dilatar cuando menos su próxima ruina: pero era necesario no perder un solo instante, y el bajel entre tanto, sin timon que le guiase como un caballo sin freno, seguia desalentado todas las oscilaciones del viento, de aquel viento que raudo, mugiente, incansable, iba con furia cada vez mayor á sus alcances.

¿A qué prolongar esta lúgubre pintura? Pasaron los mas inminentes momentos de peligro: cedió, sí, la tempestad; pero ¿qué medios de salvarse? ¿cómo encontrar un camino? Transcurrieron algunos dias. ¡Vanas dilaciones de una inevitable muerte! Los bastimentos, distribuidos con la mas rígida estrechez, no pudieron alcanzar mas que á la sétima aurora. Pálida, febril, desfallecida, iba Sahara por segunda vez á hacer uso de su sobrenatural recurso, despues de cuarenta y ocho horas de una absoluta abstinencia; pero Rustan, que nuevamente volviera el oido á la parte de barlovento, despues de unos instantes de una profunda atencion, movió la cabeza con disgusto y todavía no—repitióla.

—Rustan!

—Tranquilizaos: no perecereis de hambre. Acabo de descubrir cerca de este aposento varios barriles de víveres olvidados en la confusion que há dias reina á bordo. Corro á participar á la tripulacion esta fausta noticia.

—Eso no me basta ya, gritó Sahara, asiendo su brazo; necia fuera en verdad, cuando tengo la salvacion en mi mano, en perder momentos preciosos á trueque de vagas esperanzas, con las que en suma solo prolongaré mi vida por breves dias!

—¿Y seriais capaz?

De todo, si bajo juramento no me prometes, segun tu ciencia, que volveré á pisar tierra.

—¡Eh!... Eh!... murmuró el negro sonriéndose; yo os reservaba para mas adelante este feliz anuncio: pero, ya que lo exigís, os aseguro por el punt.... bajo mi palabra, que volvereis á pisar tierra.

Cayó de manos de Sahara, en medio de su alborozo, el don del olvidado Astrólogo.

—Reservadlo, añadió Rustan recogiéndolo: tal vez lo necesitemos mas adelante.

—En fin, rayó el dia en que cumplian dos meses desde la separacion de entrambos amantes; trazó el sol su diurna carrera hundiéndose en las aguas en medio de otro piélago de fuego, y tras él se levantó la noche fria y silenciosa. Iba el siniestro esclavo en pie á un lado de la popa, fija la atencion en el horizonte, de que no apartaba los ojos; la bella Judía iba inmediata á él entregada á los mas dolorosos pensamientos. La *Niebla* ora girando sobre sí misma como una peonza, ora agitada en tardíos vaivenes á merced del viento elevaba inútilmente sus descarnados mástiles. Poco á poco fué encapotándose el tiempo: caian algunas gruesas gotas; la luna velaba entre vapores su disco amarillento.

No agitaban empero á Sahara sus antiguos recelos desde que arrancaba á su compañero la palabra de salvacion; y tanta mas fé ponia en su promesa cuanto que todo en él respiraba seguridad y confianza. Sus ojos, en aquel momento especialmente, manifestaban tanta satisfaccion, y era tan singular la expresion de júbilo que los encendia que no pudo menos de preguntarle con una viva emocion.—¿Está por ventura próximo el instante de cumplirse nuestros deseos?

Catástrofe de Sahara por el Negro.

—¡Ya se acerca! ¡ya se acerca! respondió aquel sér extraordinario paseándose agitadamente por los mal seguros tablones—Mañana no tendreis que desear nada

¡Y decia verdad! ¡y la torpe arrebatada de alegría no queria creerle!

Si ya has adivinado, lector, que Rustan era el dia-

blo en persona, pasemos á lo poco que me resta.

Cerca de media noche tropezó el trabajado buque en un bajío. ¿Qué se hizo de la tripulacion? Lo ignoro tal vez; lanzándose al fragil esquife lucharian aun algunas horas contra su destino. Sahara se quedó allí abandonada, sin otro auxilio que el de sí propio y... la compañía del demonio! ¡Oh! seria un terrible espectáculo verla forcejar con el maligno sér, mientras se hundia bajo sus pies el suelo que pisaban, para acudir á arrojar al mar el don de Alvar que aun podia salvarla. No, no hay palabra con que pintar aquella lucha de media hora, durante la cual sentia sobre su rostro el hálito abrasado del infierno, atarazaban sus brazos las uñas del réprobo espíritu, la ensordecia su voz y la fascinaba su mirada de fuego. Mas cuando ya sucumbia desfallecida sintióse libre y oyó decir:—«Ahora, maldita.»—Cayó al agua el encantado cabello.

Entonces, se cuenta que alzándose Satanás sobre los aires en cuatro negras alas, apostrofó asi á la hermosa.

—Queda anulada mi promesa.

—En esta hora en que sacrificas á tu amante, hace él lo mismo contigo. Seguid, pues, vuestra estrella que ni un pacto conmigo contrariar puede. Para exterminarle he convertido la selva en laguna: por cumplirte mi palabra haré que termines tu vida *pisando tierra*.

No sé cómo fué: pero en vez de seguir zozobrando el buque, tomó consistencia, se petrificó, y por algun tiempo resonaron aun sobre la calva peña los gemidos de la infeliz Judía, cual otra Ariadna abandonada.

—Esa historia, á mas de inmoral es inverosimil, dije á mi narrador no bien acabó su larga relacion; porque ¿qué se ha hecho de la laguna y del peñasco, sin los cuales quedaria reducida á la nada?

—Aun existen: La laguna junto á un pueblo que no me dejaria mentir, si me acordára de su nombre, en las Asturias de Santillana. Por cierto que tiene sus flujos y reflujos, y el agua es salada como la del mar. En cuanto al peñasco....

—Adelante.

—Allí le tiene usted todavia.

En efecto, me señalaba un negro peñon á bastante distancia, en cuya forma, á pesar de la oscuridad del crepúsculo, creí percibir cierta semejanza con los contornos de un buque. Pregunté y me dijeron que era conocido vulgarmente con el nombre del *Bergantin*.—No tardé en perderle de vista.

Eduardo Gonzalez Pedroso.

COSTUMBRES.

CELOS DE GENTE AIRADA.

—Hombre, todo lo que piense Vd. decirnos de la *gente del bronce* está ya dicho, y contado, y escrito, y repetido, y apurado; y no hay para qué venir á molernos la paciencia con proezas de *majos ó manolos*, que huelen á sandez desde una legua.—¡Ay, señor don Ricardo! ¡cuán de otro modo pensaria Vd. si conociese á los héroes de la novela que he comenzado á escribir! Léala Vd. por vida mia; sé de cierto que no ha de pesarle.

—Pues bien, refiérame Vd. en extracto lo mas importante de ella, y conoceré si merece la pena de hojearse ese destartalado mamotreto. Y echémonos fuera de casa; y pues tenemos tan cerca el campo, apriete Vd. los espolones, que yo no pienso parar hasta el primer molino.

—Figúrese Vd. la muchacha mas airosa de cuantas pueden pasearse orillas del Manzanares. Veinte y dos años vendrá á tener ahora; veinte y dos mil gracias ha derramado Dios en aquel cuerpo. No há muchos dias la ví que iba llevándose los ojos de todo el mundo. ¡Qué traje aquel tan á propósito para lucir su garbo! Un vestido de ligera muselina con dos volantes, corto de manga, y no muy largo de pierna, á favor de cuyas escaseces dejaba admirar el perfecto contorno de un brazo de marfil, la pulcritud de un pie como un piñon, el gracioso zapato de tabinete, la linda galga que resaltaba sobre una media de seda, menos blanca y lustrosa que la carne que cubria. Si yo fuese poeta, quizá acertaria á pintar su delicado talle y su cara retrechera, alumbrada por dos luceros, que tales me han parecido siempre sus ojos... mas deje Vd..... ¿qué es lo que veo? O estoy soñando, ó es esa que viene hácia nosotros.

Con efecto, la misma es, porque no hay en toda la villa y corte otra que ni remotamente se le parezca. Ahora verá Vd. lo que es bueno, que nos hemos de parar á hablarla.

—¡Maruja! ¡tú por aquí!—Ya puede Vd. ver, don Julian.

—¡Camino del canal y á estas horas!..... Muchacha ¿estás desesperada?—¡Quiáa! no señor; tengo yo mas correa.—¡Ya! tú ¿qué has de decir..... pero despues de lo que ha pasado.....—Despues de lo que ha pasao estoy tan fresca como Vd. vé. Si *Pisto* hubiese sio

cobarde ó me le hubiesen metio en la cuerda, era muy distinto. Ahí abajo está el probecillo sacando tierra.—¿Cómo? pues ¿no estaba en la cárcel?—Ya que estaba; y ahora está en el correccional con un grillete al pie y la cadena, como los demas presidiarios.—¡Ca-

lla! pues no sabia nada; vamos, no ha tenido mala fortuna.—¡Caramba con la fortuna! diga Vd. que no he tenio yo muchas pesetas, que si no..... —Pero, mujer, al cabo hirió á uno..... —¿Y qué? ya está el bribon paseándose por Madrí.—Vaya, bien se conoce que tú tuviste la culpa.—¿Yo? ¿por lo del baile? ¿Qué habia de hacer? Las mujeres no debemos despreciar á naide.—Pues entonces el criminal es *Pisto*.—No lo crea Vd., él hizo muy rebien, y si no, le hubiera yo dejao por gayina. Ea, que voy con prisa y no tengo gana de palique. Don Julian y la compañía, hasta mas ver.—Anda con Dios, Maruja.

—Ya sabe Vd. la mitad de la historia, amigo don Ricardo. Esta muchacha es hija de una arrendadora que tuvo mi padre en un meson de su pertenencia. Tomó este modo de vivir por apartar á la jóven de Madrid, y de la amistad de un *quidam* majeton y perdulario que se dedicó á obsequiarla; pero á poco tiempo, el mozo se presentó disfrazado en el meson, atisbó á la muchacha guisando al lado del fogon, mientras la madre andaba entretenida por adentro, y sin decir él palabra, ni oponer ella resistencia, la cogió con asombro de los circunstantes, montóla en un caballo, y desaparecieron por el camino de Madrid.

Enterada la madre del caso, cayó en la desesperacion que es de presumir, y dió en cavilar y afligirse tanto, que de allí á poco recibimos la noticia de su muerte. No mucho despues, yendo yo un dia á la venta del Espíritu Santo, ví á la Maruja que con aire triunfal entraba en una calesa por la puerta de Alcalá acompañada de uno que en el traje, la fisonomía y el cuerpo me pareció al picador Hormigo.

Ella me conoció tambien, pero supo disimular su

turbacion, y al dia siguiente se presentó en casa llorando sus estravíos, mostrándose arrepentida y pidiendo por favor que la admitiésemos como criada. Mi padre, hombre de suyo bondadoso y que no podia olvidar las antiguas relaciones que habia tenido con su familia, se enterneció con sus lágrimas y accedió á su pretension, creyendo por otra parte deber suyo amparar á la desdichada huérfana. Entonces, observándola de cerca, pudimos convencernos de que la índole de la muchacha no era tan perversa como parecia, deque su conducta era hija del

descuido con que habian mirado sus padres su edu-

cacion, y de la vehemencia de sus pasiones á las cuales no habian puesto el necesario freno. Ellas la indujeron á un nuevo desacierto cuyas consecuencias lamenta hoy, y le serán sin duda mas fatales en lo sucesivo. Una noche se fugó de casa, y pasado algun tiempo, nos mandó á decir que no bastando á sufragar todas sus necesidades el corto salario que se da comunmente á las criadas, se habia hecho *cigarrera*; y que en cuanto á su fuga, creia que la disculpariamos, no habiéndose atrevido á darnos parte de su resolucion por temor de que la desaprobásemos. La verdad era que el amigo de marras la habia levantado otra vez de cascos.

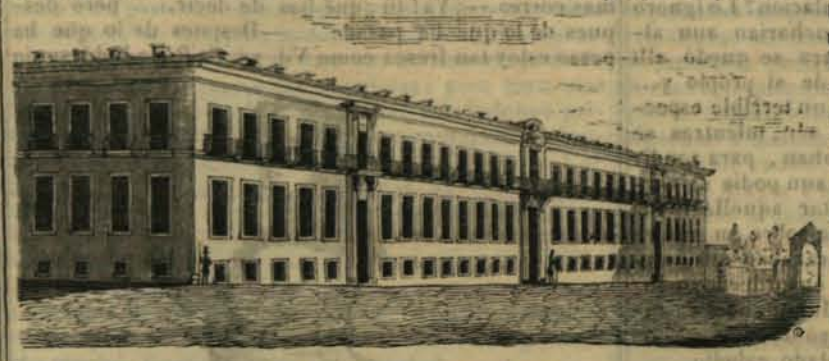
Este era el mismo *Pisto* de quien hemos estado hablando. Desde entonces hasta el presente ha corrido la infeliz, aventuras tan innumerables como inauditas que ella misma me ha referido; y como la narracion de todas seria empresa muy prolija, me contentaré con reasumir la mas interesante, que es á la que ha aludido nuestra conversacion.

Era el tal *Pisto* un jovenzuelo no despreciable por su figura, de mirada ladina, pero de semblante agraciado y vivo, que desde luego mostraba toda la travesura y procacidad de su carácter.

Oficio, conocido al menos, no tenia ninguno, ni mas ocupacion que la de acudir los jueves al mercado para *correr las bestias* que con este objeto le daban los chalanes, á quienes ayudaba en otros quehaceres, sirviéndoles de corre-ve-dile y de mediador en sus tratos: así

esque tenia tiempo sobrado para acompañar á Maruja y espiar todas sus acciones. Por las mañanas iba con ella á la *Fábrica* y la dejaba á la misma puerta; por las tardes volvia á recogerla, aguardándola á la esquina del edificio en mangas de camisa, los brazos arremangados, lachaqueta colgada del guardacanton y acechando cuidadosamente para que no se le escapase. Su edad, la fiereza de su condicion y los encantos de la muchacha le habian inspirado unos celos terribles, que tarde ó temprano debian parar en alguna catástrofe ruidosa.

Habitaba Maruja en un cuartucho de la famosa casa del Cura; Pisto habia pretendido varias veces vivir en su compañia, mas por un sentimiento natural á la de-



licadeza de su sexo, se habia ella opuesto siempre á sus designios. Acaeció una tarde que la gente jóven de aquella vecindad, de la cual pudiera sacarse una colonia numerosa, dispusieron un baile en el patio de la casa. Un andaluz, famoso perillan, fanfarron como todos y decidor como ninguno, quiso sacar á bailar á *Marujiya*; negóse ella al principio, mas por por último tuvo que acceder á sus instancias y *requilorios*.

Pero apenas estaban en lo mas animado de la primera *seguidilla*, cátate que asoma *Pisto* con el semblante desencajado y pálido, y los ojos brotando sangre, y sin reparo ni insinuacion de ninguna especie, se arroja en medio de la pareja, coge del cuello al andaluz le saca á la calle, y tirando entrambos de las navajas, comienzan á acuchillarse con la mas obstinada furia.

El combate fué breve sin embargo; el andaluz cayó gravemente herido, y Pisto se metió en la casa en busca de Maruja; pero ella que conocia su humor púsose á tiempo en salvo, y el vencedor echó á correr huyendo de la persecucion de la justicia.

La pobre muchacha se refugió desde luego en casa de una amiga donde permaneció oculta algunos dias. Pisto, aunque andaba tambien á sombra de tejado, hacia de noche sus escursiones para averiguar el paradero de Maruja y satisfacer su brutal venganza. Al cabo dió con el escondite; mas afortunadamente estaba dispuesto de tal modo, que la que iba á ser su víctima pudo escapar por un tejado, descolgarse á un patio vecino, que tenia poca profundidad, y verse libre otra vez de las garras de su tirano.

Mudó á cada momento de guaridas en el espacio de dos meses, y en todas la sorprendia á lo mejor el astuto Pisto, salvándose siempre milagrosamente: hasta que al fin tomó la resolucion mas acertada que podia dictarle su prudencia, saliéndose de Madrid y yendo á ocultar su belleza en una ciudad tan populosa como Sevilla. Ni aun allí pudo conseguir su objeto; el atrevido mozuelo que no ignoraba los deseos que habia tenido siempre Maruja de ver aquella poblacion, no bien supo su salida de la córte, adivinó el punto en que podria encontrarla. Plantóse, pues, en Sevilla; pero la suerte que tan favorable se mostraba á los proyectos de la fugitiva, hizo que ésta le viese pasar un dia por la calle de la Sierpe, y arreglando al punto su hatillo, se trasladó á Málaga, donde para vivir menos expuesta, entró á servir á una señora de Madrid que se prendó de la gracia y bello aspecto de la muchacha.

Desorientado *Pisto* en sus indagaciones y temiendo ya que la noticia de la fuga de Maruja desde Madrid hubiese sido una estratagema para alejarle de la corte, renunció á ser por mas tiempo su perseguidor; por otra parte en Sevilla carecia de relaciones, su bolsa estaba espirando, y era menester que pensase sériamente en el modo de adquirir algun recurso. Volver á Madrid le era imposible, porque ademas de la falta de *cum quibus* aventuraba su existencia y libertad, si por casualidad tropezaba sin advertirlo con las uñas de algun corchete: meditado el caso con toda detencion, ocurrióle un plan diabólico y salió de Sevilla con cierto desenfado é indiferencia, como diciendo para su capote; perdido por mil, perdido por otras tantas.

En el intermedio el ama de Maruja decidió pasar á la córte á recoger la herencia de un hermano suyo que acababa de fallecer, y la muchacha admitió la oferta de acompañarla con tanto mayor gusto, cuanto que no temia encontrarse allí con *Pisto*, antes bien le dejaba á larga distancia, y ganaba asi tiempo para que fuera calmando su ojeriza. Dicho y hecho: llegó el dia de la partida, y las dos viajeras se encaminaron á Sevilla para dejar depositado dinero en una casa de comercio y tomar la diligencia de Madrid; entraron cuando llegó el caso en la berlina, y partieron con la posible celeridad, dejando á la *Giralda ahogándose*, como decia Manolito Gozquez.

Seis ú ocho horas llevaban de camino, cuando al llegar el carruaje á un arbolado que habia á la derecha de aquel, se oyó una detonacion horrible.

Paráronse las mulas, y el postillon cayó á tierra dando un grito penetrante. En seguida salieron ocho hombres que estaban allí emboscados, y eran los que habian producido el estrépito, disparando todos á un tiempo sus trabucos, y mandaron que echasen pie á tierra los pasajeros. No bien habia hecho esta intimacion uno de los foragidos, cuando acercándose otro á la berlina, la abrió con estrépito y sacó á rastra á la desventurada Maruja, diciendo con trémula voz: ¡*al fin te encuentro cuando menos lo creia*! ¡*Vas á morir á mis manos*! y sacando un cuchillo dió repetidos golpes á la jóven, y la echó á un lado del camino, sin cuidarse de sus súplicas ni lamentos. Aquel era *Pisto*, y aquel el proyecto que habia fraguado al salir de Sevilla, el hacerse bandolero.

Expurgados los bolsillos y equipajes de los viajeros y atados fuertemente unos á otros huyeron los ladrones con su presa. Dos horas despues, unos arrieros que pasaban los quitaron las ligaduras, y pudieron proseguir el viaje. Maruja se habia desangrado horriblemente; pero su ama, compadecida de su desdicha, la llevó consigo hasta el primer pueblo, encargando al cura y al cirujano su asistencia. La infeliz no conservaba señal de vida; pero afortunadamente ninguna de las heridas era profunda, y su desalento lo producia la pérdida de la sangre; de suerte que al cabo de poco tiempo se halló restablecida, y en disposicion de dirigirse á Madrid para demostrar su gratitud á su señora, que desde este pun-

to le habia enviado suficiente suma de dinero para cuantos gastos se le ocurrieran.

Llegó en efecto á la corte, donde supo no mucho despues que *Pisto* habia sido preso por las heridas causadas al andaluz, sin que hubiese podido la justicia traslucir nada de sus ulteriores fechorías; y Maruja, en vez de abandonarle á su suerte, en vez de tomar venganza de aquel mónstruo, tuvo la generosidad de visitarle, de malgastar con él todos sus ahorros, y de indisponerse por esta causa con su benéfica señora.

Vd. acaba de verla, señor don Ricardo, y despues de lo que le he referido podrá juzgar si es mas interesante por su corazon que por su belleza. Ahora bien: una novela que tenga por protagonista á estos dos personajes, por accion sus aventuras, y por episodios las escenas en que han intervenido hasta ahora mas ó menos directamente, ¿presume Vd. que podrá hacer fortuna en el mundo, ya que todos aspiramos á *socialistas*, y que van adquiriendo tanta boga esta clase de asuntos? ¿No cree Vd. que *Maruja* y *Pisto* ofrecerán en lo sucesivo argumento suficiente para completar la obra?

—No, señor, amigo D. Julian; déjeme Vd. de *payasadas*, y volvámonos hácia Madrid hablando de otras cosas, que si proseguimos en esta conversacion, perderá Vd. la chaveta.—R. C.

LA POLITICA APLICADA AL AMOR.

CARTA EROTICA

EN ESTILO PARLAMENTARIO.

Mariquita idolatrada,
mi bien, mi amor, mi deidad,
mi *programa*, mi *turron*,
mi *frase sacramental*;
Tú, cuyos ojos me roban
la *independencia* y la *paz*
poniendo á mi corazon
en *estado escepcional*,
Permite que un *ciudadano*
te *interpele* en puridad
sobre *cuestiones vitales*
de su *situacion* normal.
Si yo te amo y tú me quieres,
¿por qué razon ¡pésia tal!
con un *pacto de familia*
no das término á mi afan?
Enemigo del *progreso*
nos condena tu papá
á vivir *estacionarios*
en la flor de nuestra edad.
Con su horrible catadura
y su *instinto monacal*
tambien, dos veces *feota*,
me rechaza tu mamá.
Mas si tanta es de los dos
la injusta *arbitrariedad*
¿por qué no nos *pronunciamos*
contra el yugo paternal?
Coliguémonos, Maruja,
y válgame en el altar
contra el *veto* de tu padre
la *sancion* del capellan;
Y cuando *hecho consumado*
sea el vínculo nupcial,
pediremos, alma mia,
un voto de indemnidad.
Por dicha, *el antiguo régimen*
murió en este suelo ya,
bien que algunos *sicofantas*
lo quieran resucitar.
¿No ha de alcanzar al amor,
que de suyo es *liberal*,
ya que no el *poder omnímodo*,
un cacho de *libertad*?
Es acto de *vandalismo*
nuestras almas *divorciar*
con *infraccion manifiesta*
del *código*.... natural.
Tú rica y yo *proletario*,
¿no somos hijos de Adan?
¿No somos parte integrante
del *edifirio social*?—
Biógrafo de mí mismo
me voy á *espontanear*,
aunque no es *parlamentario*
el que dice la verdad.
En primer lugar, las *cámaras*
no me abren de par en par
porque ni soy *financiero*
ni alta *notabilidad*.
No temo que me sorprenda
polizonte suspicaz
elucubrando en el *club*
algun *tenebroso plan*.
No tengo, rancio *aristócrata*
ó *demagogo* procaz,
la hidrofobia del *tribuno*
ni el orgullo del *bajá*.
Ni *contratos clandestinos*
he celebrado jamás,
mi me comprende el apodo
de *sanguijuela voraz*.
Ni aspiro á la *teocracia*
ni *Ayacucho* es mi lugar,
y asi soy yo *cigarron*
como *cangrejo* fluvial.
Solo á los *ojalateros*
me pudieran comparar,
porque siempre que te miro
digo para mí: ¡*ojalá*!...
Sin embargo, me parece
que pertenezco á la *gran*
familia... porque los *pobres*
siempre hemos sido los *más*.—
Con el santo *sacerdocio*
de la prensa gano el pan,
mas soy *participe lego*
en esa comunidad.
Folletinista infeliz
y siempre hecho un azacan,
habito en el *piso bajo*,
si otros en el *principal*.
No en *artículos de fondo*
afirmo con gravedad
que el *equilibrio europeo*
corre peligro en *Tetuan*.
No es dado á mi humilde pluma
discutir, analizar
los *negocios* que en *San James*
palpitan de actualidad.
No expongo en sendos discursos,
con estilo doctoral,
el *admirable artificio*
del *sistema*... *trinidad*.
Por ser de contrario *dogma*
no en *polémica* mordaz
acuso de *farisáico*
al *cólega* Pedro ó Juan.
No soy *tránsfuga*, ni *apóstata*,
ni acostumbro á *involucrar*
los *rayos del Vaticano*
con la *ley municipal*.
En materia de *agiotaje*
no conozco el *Cristus*, *A*,
y el *ostracismo* sin *ostras*
para mí está en aleman.
En fin, ni sé de las *masas*
las pasiones *agitar*,
ni entiendo jota de *gu-*
bernamentabilidad.
Mi destino es traducir
por un módico jornal
novelas de municion
ya de *Paul*, ya de *Balzac*.
Por cierto que malas lenguas
dicen que suelo dejar
en *vascuence* medio tomo
y en *francés* la otra mitad.—
Ahora bien, dulce Maruja,
si has podido barruntar
las *tendencias* de esta epístola
escrita en lenguaje usual,
Dá *solucion* á mi *crisis*,
y sepa yo ¡voto á san!
si es llegado el *casus fœderis*...
¡ó hé tirarme al canal!

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Revista de la Quincena.

Han pasado los quince primeros dias del mes de setiembre, como pasan los últimos de la lozana primavera; igual animacion, movimiento y vida, las diligencias, los carruajes que trasladaron de la córte á una gran parte de cuanto escogido encerraba, nos la vuelven con usura, no precisamente por el mayor número, sino por la mejora que disfruta su salud, y en la cual se deja conocer la influencia de los baños, lo saludable de las aguas, la pureza de los aires, y en una palabra cuanto fuera de la capital puede contribuir á la prolongacion de la existencia. En tan corto espacio de tiempo han tenido lugar acontecimientos de suma magnitud, se han resuelto cuestiones importantes y se han resuelto no solo para bien de nuestra España, sino para la paz del mundo. Aunque la Gaceta en el momento de escribir estos renglones, nada nos haya dicho, lo cual tampoco es estraño, porque la Gaceta dice las cosas cuando todos las saben, corre como cierto que nuestras desavenencias con el imperio de Marruecos han terminado decorosamente para nuestro pais, obteniendo de aquel gobierno las razonables ventajas que la justicia y el poder señalaban como naturales. Tambien ha desaparecido el sério rompimiento que se temia como seguro entre la Francia y la Inglaterra sobre la cuestion de Otaiti; y el discurso de S. M. la reina al suspender las sesiones del parlamento, demuestra cumplidamente como se ha evitado el peligro que tan de cerca amenazaba. La cámara de los Lores antes de terminar sus tareas, ha admitido la apelacion interpuesta por M. O'Connell y por consiguiente anulada la sentencia del tribunal irlandés, el efecto inmediato ha sido, ponerlo en libertad y para ello han partido inmediatamente correos estraordinarios. La reina de Inglaterra, despues de verificarse en Windsor el dia 14 el bautismo del príncipe de Kork que ha recibido el uombre de Alfredo Federico, en el cual el príncipe Guillermo de Prusia ha sido uno de los padrinos, dispone su viaje para la Escocia donde permanecerá tres semanas. Esta circunstancia detendrá la visita del rey de los franceses tanto tiempo anunciada, si bien se cree por los grandes preparativos que se hacen al efecto que á principios de octubre llegará á Inglaterra, época en la cual la reina habrá regresado ya de su excursion.

En el número anterior del Laberinto anunciamos á nuestros lectores la muerte del malogrado duque de Osuna. El dia 3, despues de haber sido su cuerpo embalsamado y espuesto al público en una de las habitaciones de su casa, fué trasladado al campo santo de San Isidro. Una numerosa comitiva seguia en carruajes elegantes al suntuoso carro que conducia el féretro, tirado por seis magníficos caballos enlutados, y vistosamente adornado con un pabellon de terciopelo negro suspendido de una soberbia corona ducal. Sobre la rica caja en que yacian los pobres restos del duque, estaba colocado el uniforme de los caballeros de Santiago: crecido número de pobres de San Bernardino y servidumbre de la grandeza acompañaban el cadáver á la última morada con cirios de cuatro pávilos, y las gentes se agolpaban al tránsito para ver pasar tan numerosa comitiva. Las exequias se celebrarán en la iglesia de Santo Tomás; el acreditado cuanto modesto artista señor Carderera, está encargado de presentar el diseño del catafalco que al efecto se ha de levantar, y segun tenemos entendido, la música que se está componiendo para las honras no dejará nada que desear, por haberse confiado á persona entendida en la materia. Don Mariano Tellez Giron, marqués de Terranova, ha heredado de su hermano D. Pedro, treinta y dos títulos, diez de los cuales llevan aneja la dignidad de grande de España.

Otro fúnebre acontecimiento ha tenido lugar durante esta quincena; las cenizas de don Manuel Montes de Oca, fusilado en octubre de 1841 por haber tomado parte en la rebelion militar que estalló en aquella época, entraron en esta corte el dia 2 del corriente. Al contemplar aquellos tristes despojos, el llanto asomó á nuestras mejillas, porque eran de un español y somos españoles. Al mirar el aparato, la ostentacion y aquel sin número de oficiales que salian á recibir los restos inanimados de un valiente, vimos los partidos desenmascarados y los vimos en su miserable desnudez. Al observar los coches de la casa real, ocupados por mayordomos de semana, vimos lo que jamas esperábamos, ni hubieramos querido ver. Todos los partidos tienen sus mártires, cuando llega el caso de las revoluciones; en buen hora que el dia del triunfo reciban en palios á las víctimas que ellos mismos inmolaron, y las paseen en procesiones por las calles; seáles lícito un desahogo de esta especie á los partidos, pero los hechos de los partidos no alcanzan á la nacion,

no alcanzan al gobierno cuando la representan, y menos que á nadie deben alcanzar al rey: los partidos viven en muy baja esfera: quien se confunde con ellos con ellos muere; y los tronos y los reyes siempre han de vivir. Eran las siete de la noche cuando el fúnebre cortejo entró en esta capital. Una banda de música militar precedida por cinco batidores de caballería abria la marcha, y seguian á pie la mayor parte de los oficiales de la guarnicion, con el señor capitan general interino, que llevaba á su lado al señor gefe político, al patriarca de las Indias, á los generales don Manuel y don José de la Concha, don Quintin Velasco, gobernador de Madrid, el duque de Ahumada y varios oficiales de la secretaria del despacho, de gran uniforme y de paisano. Un magnífico carruaje, tirado por cuatro caballos, conducia la urna cineraria á la que acompañaban dos caballerizos de la casa real y otra banda militar, detrás de la cual caminaban magestuosos dos coches de palacio segun los lleva S. M. en las grandes ceremonias. Depositado el féretro en la iglesia parroquial de san José fue visitado al dia siguiente por S S. M M. y A. y á los pocos dias se han celebrado solemnes exequias, á las que han asistido gran número de personas distinguidas y S S. M M. y A. tambien, siendo conducidos los restos despues de terminada la ceremonia al campo santo de san Isidro y colocados en un nicho inmediato, al en que miran los del malogrado Diego Leon.

Las elecciones para diputados y propuesta de senadores para las próximas córtes han terminado en todas las provincias de la Monarquía; con este motivo en algunas de ellas, el genio del mal ha querido otra vez aparecer, y cuando humean aun las cenizas que secáran las fértiles campiñas, cuando el labrador afanoso al remover con la reja de su arado la tierra endurecida por la sangre que un dia regára nuestros campos, encuentra á cada paso los huesos de sus hermanos; se han visto malos sacerdotes; hombres de religion falsa, ambiciosos fanáticos, hipócritas fementidos, gente sin temor y sin conciencia, sin Dios ni ley, malos españoles, en fin, convertirse en caudillos de soeces turbas, para llevarlos á cumplir con el primero de los deberes constitucionales, y dar vivas á su falso rey á ese rey propiamente de baraja, porque con él jugaron todos sus partidarios en los campos de Navarra ¡vergüenza causa el decirlo! ¡Ministros de la religion cristiana convertidos en predicadores de la guerra y llevando en una mano la enseña de Jesucristo y en la otra la antorcha de la discordia y el puñal del asesino! ¡quiera Dios confundir á los falsos apóstoles de su fé, y que la patria nuestra goce de la calma de que por tantos títulos es acreedora.

Los teatros no han presentado en esta última quincena toda la variedad que la estacion parecia reclamar. El coliseo del Circo, despues de unos conciertos desacertados, nos ha regalado el baile mas tonto que se ha podido inventar desde que hay bailes. Despues de la *Linda Beatriz* todo lo que no sea mejorar, habrá necesariamente de fastidiar al público, y el baile de la Tarántula, lo ha fastidiado por completo. Falto de argumento, pobre en decoraciones, escaso de bailables, el único atractivo que en él ha podido encontrar el público ha sido la interesante Guy que en union con Petipa, bailó un paso que fué como todo lo que ejecuta esta pareja, muy bien recibida con la delicadeza de costumbre y con aquel aplomo propio de la buena escuela, de esa escuela delicada que son muy pocos los que la cultivan. En la *Tarántula Napolitana* que bailaron al final, merecieron justos aplausos que hubieran sido mayores indudablemente á no estar el público tan desazonado. El señor Gautier estuvo muy bien, como siempre suele estarlo en el desempeño de su parte. De manera que sobre quien recae toda nuestra censura es sobre el señor Barrez, compositor y director de esta obra, y á quien en otra ocasion no hemos escaseado ciertamente los aplausos.

Para dar principio el teatro del Circo á la segunda temporada, está cerrado en estos dias á fin de presentar varias reformas, sobre las cuales vamos á manifestar nuestra opinion. Desde luego se nota la falta de cálculo por parte de la empresa, que habiendo podido aprovechar los dias de calor para dar cima á esa obra, ha esperado á que la estacion refresque, en lo cual habrán de padecer sus intereses. Ahora bien, segun hemos visto anunciado, esta reforma que consiste en convertir en palcos una parte de la galería baja, y subir gradualmente los precios de todas las localidades, nos parece en extremo desacertada; sobre todo en lo relativo á los precios. Cuando ha habido en los teatros de la corte compañías de ópera de primera clase, que por los crecidos gastos, sabíase de positivo que las empresas iban á perder, nunca costó una luneta mas de doce reales: pretender que cueste ahora diez y seis, cuando ni con mucho tendrá la capital lo que ha tenido en música, es querer un imposible; es no conocer los intereses; es decir no queremos que el público nos favorezca como hasta el dia con su asistencia. Y no se nos diga, que lo que pretende la empresa con la subida de precio, es mejorar la reunion, porque esa seria una pretension tonta y ridícula que se atraeria sobre sí el ódio completo del público de Madrid: la gente que asistia á las galerías alta y baja en nada desmerece de la que frecuentaba las lunetas y demas localidades; ahora sí, lo que se quiere es llenar el teatro de aristocracia; la empresa ha debido esperar á que esa aristocracia se cree entre nosotros, porque la que hoy existe, si bien se la analiza, será facil encontrarla en punta como pirámide. Esto ha debido conocerse antes de dar tan aventurado paso, con solo saber que para abonarse á un palco son tres ó cuatro las familias que se reunen. De todos modos, si lo que han querido entender por aristocracia es gente que vista frac para acudir á las representaciones, si esto es lo que quieren y á esto encaminan sus cálculos, teniendo en poco la ganancia, con decir que el que vista de sério tendrá la entrada gratis, verán cómo el teatro se llena todas las noches, aun en las funciones de verso en que pudiera darse dinero por no verlas, y es el centro de la elegancia y de la aristocracia. Lo que nos parece hasta indecoroso para la empresa es el gran aumento de precio en los billetes de encargo; que un revendedor saque partido de este modo, es cosa que fácilmente se comprende, pero que la empresa lo autorice, ni lo comprendemos, ni es creible que la autoridad municipal lo consienta. Por lo demas, las mejoras que en el coliseo se han introducido ni siquiera merecen el nombre de tales, y es de esperar que el público no las reciba muy satisfecho. La nueva compañía de opera, es en extremo desigual y hasta la fecha incompleta. El bajo profundo señor Couzet, con quien se contaba, está escriturado en otra parte, y el primer tenor todavía no ha llegado á esta corte ni llegará tan pronto. De la señora Ober Rossi, tenemos muy buenas noticias: parece que debutará con el Nabuco, si bien todavia nada se sabe de cierto por que no hay quien se encargue de la parte de protagonista. En fin, veremo como se porta el reformado coliseo y con arreglo á su conducta para con el público, asi será la que nos tras cemos nosotros en su censura ó elogio.

Los teatros principales, van tomando cada dia mas animacion, y el público se conoce que vuelve la vista al teatro nacional tan abandonado hasta el dia.

La incomparable Matilde Diez, y el justamente célebre señor Latorre, se han presentado nuevamente en la escena; la primera, ha causado verdadero entusiasmo en el *Castillo de San Alberto* y en *Cecilia la Cieguecita*: el segundo, ha sido admirado en el Rey don Pedro, de la *segunda parte del Zapatero*. En el teatro de la Cruz, se han ejecutado dos piececitas en un acto: *Los Encantos de la voz*, y *A lo hecho pecho*: la primera en prosa del señor Diana, y la segunda en verso del señor Breton: las dos estuvieron bien ejecutadas; las dos hicieron reir al auditorio, por su ligereza, por lo vivo del diálogo, por los chistes de que están sembradas, siquiera el autor de *Los Encantos de la voz* haya tenido que saltar por encima de algunas inverosimilitudes. La señora Perez, estuvo muy bien en esta pieza, y la señorita Tablares, que cada dia es mas querida del público madrileño, desempeñó con toda la gracia posible el papel que parece ha escrito para ella el señor Breton en su comedia. Caltañazor gustó mucho en las dos piezas, y fué justamente aplaudido. En estos teatros se preparan funciones nuevas, y entre otras tenemos noticia del *Principe de Viana*, tragedia de la señorita Avellaneda; *Tomás Moro*, tragedia del señor Madrazo; *Catilina*, idem del señor Diaz; *La infanta Galiana*, drama del señor Rubí; *Cuidado con las amigas*, comedia del señor Breton; *El Cid Campeador*, drama del señor Hartzenbusch. De este modo la persona que se halla al frente de los teatros, obtendrá del público el merecido elogio, y sus esfuerzos por sacar adelante nuestro abatido teatro, serán secundados por los amantes de nuestra literatura.

El Liceo que algunos suponen revivirá, se encuentra herido de muerte; ya no es aquel centro de escogida sociedad, sino el humilde teatro casero, que se ha visto precisado á rebuscar lo poco bueno y malo de las demas sociedades de la corte; ya no se encuentra en aquellos salones ninguna persona conocida, solo se ven las familias de los aficionados, con la franqueza propia y natural del que se eucuentra entre sus gentes. Cualquiera persona notable que asista por casualidad es estraña á semejante reunion. ¡Ni un artista, ni un literato, ni una sola persona de las que daban lustre al Liceo se encuentra por casualidad en los salones! Ya no escasean los billetes, ni se ponen aquellos obstáculos, que hacian al Liceo la mas escogida sociedad. Todo ha desaparecido poco á poco desde el instante en que perdiendo su carácter primitivo, de centro de las artes y las ciencias, se convirtió por un aficionado en escuela de declamacion.

Los artistas de la córte se preparan para presentar los productos de su laboriosidad en los salones de la Academia de Nobles Artes. Esperamos que todos los que han honrado con sus pinceles la exposicion de pinturas en los años anteriores, acudirán esta vez, para que el público juzgue sobre sus adelantos. El acreditado artista señor Esquivel está concluyendo un retrato de la reina madre, para la embajada de Lisboa. El no menos acreditado miniaturista don Cecilio Corro, piensa sacar una copia de este retrato y del de nuestra querida reina doña Isabel II del mismo señor Esquivel, á fin de regalárselos á SS. MM. Hasta ahora no hemos tenido el gusto de ver ningun retrato en miniatura de tan augustas personas, y es bien seguro que nadie podrá reproducir en pequeño, como el señor Corro, el parecido de tan elevadas señoras. Sentimos infinito que no pueda presentar en esta exposicion semejantes muestras de su talento artístico, pues como han asegurado algunos periódicos de la capital es el primero en trasladar al marfil el mas completo parecido á causa de la cualidad de gran fisonomista que le distingue, dándose á conocer al mismo tiempo por la delicadeza de su pincel. Esperamos que este artista honre con algun trabajo suyo las salas de la Academia, para que tengamos el gusto de admirarle.

Juan Perez Calvo.

Á ESPRONCEDA.

¡Oh! Si el genio es de Dios sublime hechura,
¿Por qué tan cruda guerra
Lanzarlo á mantener sobre la tierra
Como á vulgar creatura?
¿Por qué á llorar destierra
Del primer aposento
A quien del Cielo se meció en la cuna?
A qué las flores entregar al viento,
Que pronto las deshoje una por una?
¿Y á qué dorar con celestial encanto
Los dulces sueños de la edad primera,
Si al cabo nos espera
Tras el breve gozar eterno llanto?
Ardiente lava del precoz desvelo,
Que nuestra frente juvenil arruga:
Lágrimas ¡ay! de duelo,
Que solo el paño de la muerte enjuga.
Miradlo.—En los senderos de la vida
Grababa ayer su triunfadora huella,
Sobre ese pecho inanimado erguida
Su frente vimos elevarse bella.
Ayer su voz como el tranquilo ambiente
Que aman los valles, murmurar sentimos;
Luego rugir como la mar potente
Al remover sus ámbitos la oimos:
De sus ojos la ardiente luz, ya extinta
En la insondable eternidad bebimos,
Y á sus pupilas ígneas demandamos
Cual anhelaba perenal trofeo.
Mas ¡ay! que le escuchamos
«Solo en la paz de los sepúlcros creo.»
Midió la inmensidad con su mirada,
La comprendió y la amó.—Cárcel el mundo
Fué de entonces, y tétrica morada
A su inmortal espíritu fecundo,
Con el Cielo soñó, y alzando el vuelo,
Fué á despertar en el soñado Cielo.
No le lloreis, ¡oh! no, vates amigos,
Que de su triste soledad testigos
A comprender llegásteis el encono
De su tenaz tormento.
Solo el sepúlcro para el genio es trono:
Solo la inmensidad es digno asiento.

Gabino Tejado.

Director, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.
Calle de Carretas, núm. 8.